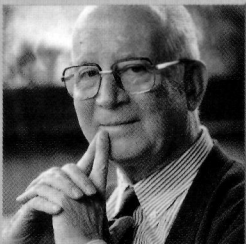


«A los diez años perdí a mi padre que era ingeniero de caminos en la Confederación Hidrográfica del Ebro; a los quince ingresé en el noviciado de la Compañía de Jesús en Loyola; a los veinticuatro vine a la India, donde me gradué en ciencias exactas en la universidad de Madrás, me ordené de sacerdote en Puna, y ejercí la docencia de matemáticas en la universidad de Ahmedabad hasta mi jubilación a los sesenta años. Me identifiqué instintiva y fanáticamente con el espíritu hindú como si hubiera nacido a las orillas sagradas del río Sabármati que baña mi ciudad después de brotar invisiblemente, según la fe hindú, de la confluencia del Ganges y el Yamuna en trinidad fluvial.

Después de tantos años y tanta lejanía, retomé el contacto con España, que yo había dejado en la posguerra y el preconcilio, y que encontré tras el destape y la democracia en lo que me resultó un descubrimiento asombrado y enfervorizante de un país nuevo en una tierra que yo me creía sabida y conocida. En la India llamamos a eso «vivir dos vidas en una».

Viajé, siguiendo a mis libros, por países sin cuento y culturas sin fronteras, y me encuentro ahora, a pocos meses de cumplir mis setenta años, con un brote de primavera interior que me sale por todas partes y que he sentido impulsivo al escribir este libro.»



Carlos G. Vallés, S.J.

Carlos G. Vallés

l a s

(7)

p a l a b r a s

d e

Carlos G. Vallés

050SP0001

ISBN 84-288-1236-5



5 0001



0 788728 812368

P P C

l a s
(7)
p a l a b r a s
d e

Carlos G.
Vallés

P P C


Palabras con alas.
Homero

1.ª Edición: Julio 1995

2.ª Edición: Noviembre 1995

Diseño de cubierta: Estudio SM. Alfonso Ruano
César Escolar

Fotografía: Javier Calbet

© Carlos G. Vallés

© PPC, Editorial y Distribuidora, S.A.

C/ Enrique Jardiel Poncela, 4
28016 - Madrid

ISBN: 84-288-1236-5

Depósito legal: M-37.972-1995

Fotocomposición: Grafilia, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta SM - Joaquín Turina, 39 - 28044 Madrid

PALABRAS

Javier Cortés, director de ediciones de PPC, me invita —en una propuesta dirigida a varios autores y autoras— a escoger siete palabras «auténticamente representativas de mi experiencia vital», y a escribir un breve capítulo sobre cada una de ellas para conformar de alguna manera una rápida autobiografía de sentires reales a través de instantáneas verbales.

Amo tanto las palabras y me atrae tanto el proyecto de hacerlas protagonistas de mi historia, que me han surgido imperativamente desde dentro exigiendo expresión inmediata con seducción femenina y tiranía lexicográfica.

El libro que sigue es lo que ellas, y quien sugirió idea tan literaria y tan irresistible, me han inspirado.

Carlos G. Vallés, S. J.

TRANSPARENCIA

Yo he hablado claro ante todo el mundo.
Jesús

Me gusta pronunciar la palabra en voz alta. Transparencia. Que llene el aire con su sonido mientras me llena el alma con su sentido. Transparencia. Dejar que lo que es, se vea. Dejar que lo que pienso, se sepa. Dejar que lo que siento, se sienta. Eso es sinceridad, es realidad y es verdad. Todo en uno. Y todo con la sencillez de dejar ser a las cosas lo que son, sin aires solemnes de grandes logros o heroicas virtudes. Ser limpiamente lo que soy. Sin disfraces, máscaras ni cumplidos. Parece tan sencillo, y sin embargo resulta tan difícil...

Vislumbro un mundo transparente como los cuadros de Dalí en que se ven paisajes a través de los cuerpos y se

perfilan rostros dentro de los rostros, revelando sentires ocultos en líneas abiertas. Poder vivir con el corazón en la mano, porque nadie lo va a insultar y nadie va a reírse de lo que mi corazón siente. Poder hablar cuando quiero hablar, y callar cuando quiero callar. Ayer estuve dos horas con un amigo sacerdote que ha decidido cambiar de vida y casarse. Era la primera vez que nos veíamos desde que él tomó la decisión. Me había llamado porque sabía que nos unía un afecto sincero y un aprecio mutuo. Nos sentamos mano a mano ante una comida frugal. Estuvimos juntos dos horas y él apenas habló. Me dijo que había sufrido mucho. Me dijo que algún día me contaría todo. Quería estar conmigo, pero no quería hablar. Y no se forzó. Fue transparente al no serlo. Yo tampoco leforcé a hablar. También fui transparente. Fue un bello encuentro.

En la medida en que no soy transparente, soy opaco. Y ser opaco es no ser. Es insensibilidad, oscuridad y dureza. Cuando disimulo, cuando finjo, cuando me río sin querer reír y doy palmadas sin querer aplaudir, dejo de ser yo. Cuando repito lo que otros dijeron sin sentirlo yo, cuando digo que sí con la cabeza y que no con el corazón, cuando digo que estoy encantado mientras estoy fastidiado, cuando expreso pesar sin sentirlo y entusiasmo sin conocerlo, dejo de ser yo. No ser transparente es sencillamente no ser. Transparencia es visibilidad. ¿Y de qué vale un cuadro que no puede verse?

La transparencia más difícil es la transparencia conmigo mismo. Dejarme ver a mí mismo lo que yo mismo siento. El censor más dañino es el que llevo dentro y tacha mis sentimientos aun antes de que yo pueda sentirlos. Para cuando llegan a expresión consciente los sentires internos

de la primera impresión, llegan cambiados, retocados, censurados. Sé muy bien las reglas de sociedad y de convivencia, y las observo escrupulosamente ante todos, y sobre todo ante mí mismo. No ha de haber en mí sentimiento indigno ni pensamiento rebajado, y como no ha de haberlo, no dejo que lo haya. Lo transformo antes de que aflore, lo adorno antes de que aparezca, le pongo la careta antes de verle la cara. No me dejo verme a mí mismo tal como soy. No soy transparente conmigo mismo. Hay cosas que no se hacen, y en consecuencia no las hago; cosas que no se dicen, y no las digo; cosas que no se piensan, y no las pienso. Es decir, sí que las pienso en las oscuridades inarticuladas del subconsciente, pero no las dejo llegar a palabras y frases en la claridad comprometedor de lo consciente. ¡Lejos de mí semejante cosa! ¡Eso no va con mis convicciones, mis compromisos y mi educación! ¡Jamás pensaré yo tal pensamiento! Pero sí que lo pienso. Es decir, lo pienso, pero no me dejo pensar que lo pienso. Cuando asoma la cabeza, lo rechazo; pero yo mismo había acariciado esa cabeza antes de que apareciera. No me dejo verme a mí mismo. No soy transparente conmigo mismo. Y mientras no sea transparente conmigo mismo, ¿cómo voy a serlo con los demás?

Una vez al año me viene a ver el padre provincial en visita oficial. Ha de enterarse de cómo me ha ido en el pasado año, cómo me encuentro en el presente, qué he hecho y qué pienso hacer; y ha de evaluar mis trabajos pasados y darme ánimos para los futuros con comprensión de amistad y bendición de autoridad. La primera pregunta es obligada: ¿Estás contento con tu vocación? Me la hace con su sonrisa. Yo le contesto con mi sonrisa. ¡Claro que

sí! ¡No faltaba más! Por eso estoy aquí y espero estarlo siempre. Amén.

Pero el año pasado me ocurrió una cosa divertida. Me hizo la pregunta de apertura: ¿Estás contento con tu vocación? Y me encontré con que casi sin quererlo se me disparaban los brazos hacia arriba, se me abría la cara con una expresión de ángel atrapado robándole las llaves a san Pedro, me brillaban los ojos en travesura alegre, y mi voz decía con claridad vibrante: ¡No! Me llevé un buen susto; y el provincial, uno mucho mayor. Aunque no, no había pasado nada. No me encontraba yo en ninguna crisis ni pensaba colgar la sotana, no tenía ninguna depresión ni planeaba desertar como objetor de conciencia. No pasaba nada. Sólo pasaba que no me encontraba a gusto, y eso era verdad. Por varias circunstancias que... (¡Ay, qué pena! Aquí no voy a ser transparente. Si detallo esas circunstancias me voy a enemistar con personas con las que por puro egoísmo no me interesa enemistarme, y me he dado cuenta de repente y se me ha frenado la ingenuidad. Al menos sé que no soy transparente. ¡Cuánto ayuda a pensar el escribir!)

Lo grande de aquel momento fue que yo me había permitido contestar que no a la pregunta de todos los años y, más importante todavía, que me había dejado sentirlo y saberlo a mí mismo, pues hasta entonces, con las prisas de decir que sí cerraba las posibilidades de decir que no. ¡Qué alivio! ¡Qué alegría me da, paradójicamente, el saber que no estoy a gusto y el atreverme a pensarlo y a decirlo! Es liberación bienvenida de la cautividad de la rutina. Y es progreso decidido porque ahora, cuando me pregunten y yo diga que sí, ese sí tendrá valor ya que al fin he aprendido a decir que no. Por fin se rompió el viejo disco.

Hace años conocí a una muchacha cuya vida tenía un valor especial. Padecía de distrofia muscular, enfermedad que marchita los músculos y reduce el cuerpo a perfiles de fantasma con sombras de muerte. Tenía dotes artísticas y pintaba, ayudando la mano del pincel con la mano libre. Pintó mi retrato y después perdí contacto. Quizá el pensar que no viviría mucho me impedía preguntar por ella. Prefería imaginarla viva antes que saber que no lo estaba. La semana pasada recibí carta suya. Estaba viva. Ha llegado a los cuarenta y siete años y sigue pintando. Se había organizado una exposición de sus cuadros y me invitaba a verla. En la carta me decía que era muy, muy feliz, y en el anuncio de la exposición venía su rostro demacrado pero sonriente. Fui y la encontré en silla de ruedas. Todo fueron risas y alegría. Algunos de sus cuadros me gustaron mucho, y eso me facilitó el felicitarla con sinceridad. Es sencillo ser transparente cuando hay que decir cosas buenas. Sólo había una sombra en el encuentro. Yo la sabía y esperé. Cuando nos quedamos solos, se echó a llorar. «¿Por qué me ha pasado a mí esto? ¿Por qué soy tan desgraciada? ¿Por qué no puedo ser como los demás?». Se rompió el dique de las lágrimas. Sufría, y sufría por su enfermedad, y sin embargo trataba de decirse a sí misma y a otros que no le importaba y que había conseguido todo lo que quería en la vida y se encontraba satisfecha, realizada y feliz; pero todas esas defensas se derrumbaban ante la realidad ineludible, y ahora salían en sollozos y quejas ante quien ella sabía que entendía y callaba porque había meditado antes en ese dolor con ella. Esa sinceridad repentina alivia más que todos los disimulos heroicos. La transparencia con uno mismo ayuda tanto a la persona

que se expresa como a todos los que tratan con ella. Más vale llorar una vez de verdad que reír mil veces de mentira. Hace falta valor para dejarse ser uno mismo, y más aún para dejarse ver así ante los demás. La recompensa es la paz del alma. Sólo la verdad da descanso.

Transparencia para con los demás, es decir, para decirles a ellos lo que pienso de ellos. Sólo con escribir esto me aterro. ¡La que voy a armar si empiezo a decirle a cada persona de mi entorno lo que de veras me parece lo que hace y deja de hacer en las actividades que yo le conozco! Por eso me reposo un poco. Ante todo delicadeza, respeto y sentido común. No me voy a poner yo a echar pregones y a airear opiniones. Discreción y educación. Hay veces en que a una fórmula se contesta con otra fórmula, y asunto concluido. «¿Qué tal estás?». «¡Magnífico!». Ni la pregunta era pregunta, ni la respuesta es respuesta. Trámite rápido de encuentro que no es encuentro. Y es que tampoco tenía por qué haber un encuentro. ¿Qué culpa tengo yo de haberme encontrado en la calle a una persona a quien conozco pero que no ocupa ningún espacio en mi vida ni yo en la suya? Un saludo rápido, y cada uno a su camino. El peligro es que esos encuentros falsos se multipliquen en la vida, y todo sean formalismos vacíos sin soplo de vida en ellos. Siempre la careta puesta, siempre la sonrisa enchufada, siempre el cumplido preparado. Un dechado de modales, pero sin contacto vivo. Hay que aprender a quitarse la careta.

Me costó enormemente decirle a esa persona que no me interesaba su amistad. Me parecía indigno de mí mismo el desalentar cercanías, evitar encuentros, acortar visitas. Pero yo no sentía interés y no podía fingirlo. Ella sí

tenía interés e insistía en la proximidad. Traté de ser amable. No me sale el ser descortés. Contesto cada carta que recibo. Pero cada una de sus cartas era un gravamen. Se lo dije claramente, pero la claridad lo era por lo visto sólo para mí y no para ella, y hube de ser más claro todavía. La transparencia total me dolió. Pero aprendí en la escuela de la afectividad la importancia de la claridad. Si yo hubiera sido más transparente desde un principio, no me habría costado tanto serlo al final.

Un profesor mío tenía el don de decir las cosas más fuertes sin ofender a nadie. Un día se presentó un desconocido con credenciales de alguien para darnos una charla, y lo hizo con poco salero, cosa que los estudiantes reflejamos en nuestra reacción. El profesor lo despidió con gesto generoso: «Le damos las gracias a nuestro desconocido amigo por haberse ofrecido a entretenernos esta tarde, por el esfuerzo que ha hecho por hacerse entender, y por la deportividad con que ha recibido nuestra reacción.» El visitante sonrió y marchó contento. Yo me quedé con la envidia de querer aprender a decir todo lo que pienso, y decirlo sin herir nunca a nadie.

Las matemáticas nos devuelven el sentido de la ecuación. Ecuación personal. Ser yo por fuera lo que soy por dentro, aparecer ante los demás como aparezco ante mí mismo, ser una persona indivisa en mi ser y en mi parecer. Unidad del ser. Si me fragmento, me pierdo, y no soy yo en mi totalidad ante nadie. Y si no soy todo, no soy yo. La transparencia o es total o no es transparencia.

La transparencia es un acto de fe. Cuando me escudo en la opacidad es porque temo que no me acepten como soy, y cuando me atrevo a dar la cara es porque confío

en que les gustará a los demás. La confianza en mí mismo es la base de mi sociabilidad. Aceptarme a mí mismo es la condición para que me acepten otros. Todo rincón mío que trato de esconder es vergüenza, rechazo y temor. No tener nada que ocultar es el secreto para la paz en el alma y la facilidad en el trato. La medida de mi transparencia me da la medida de mi fraternidad.

Mi falta de transparencia me revela las oscuridades que temo descubran otros en mí porque yo mismo las temo y las evito. Por eso la transparencia resulta una guía bienvenida de autoconocimiento. Me interesa notar los ángulos que escapan de mi transparencia, y seguir los hilos invisibles que desde ellos llevan a la inseguridad, la mezquindad, la duplicidad que oscurecen los paisajes de mi alma. Cuando no quiero enseñar algo es porque me duele a mí mismo. Mi falta de transparencia me da la lista de mis flancos débiles. Mi opacidad me alerta de mi flaqueza. El esfuerzo por la transparencia es el esfuerzo por la conducta plena. Cuantos menos puntos oscuros queden en mí, más noble será mi vida.

La transparencia que más cuesta es la transparencia del hombre libre. Yo me siento libre por dentro, pero ¿hasta dónde puedo comunicar mi libertad a los demás sin que resulte o una presunción mía o una amenaza a los demás? No hay mayor amenaza para el grupo que un hombre o una mujer libre en su seno. Yo no me siento atado por las costumbres o sometido a las tradiciones. Observo, eso sí, las reglas del juego, ya que todo grupo de personas que viven juntas tiene derecho a cierta unidad, disciplina y convergencia; pero lo hago con ánimo libre de convivencia agradecida, no como obligación intrínseca de carga

de conciencia. Mis hermanos lo saben, y el roce, imperceptible muchas veces y chirriante otras, nos forma a todos.

La gente me hace preguntas delicadas, en privado y en público, sobre lo que está mandado y lo que está permitido, sobre puntos discutidos de doctrina y conducta, sobre situaciones límite en su vida y en la fe. Y yo por dentro tengo mucha libertad con Dios y amplitud en mi entender; pero, ¿hasta qué punto puedo yo declarar —que no imponer— mi libertad a otros? No es que yo sea mejor ni peor ni esté más arriba o más abajo por pensar lo que pienso y obrar como obro. Con toda frecuencia los que me preguntan tienen mayor inocencia en el alma y limpieza en la mirada que las que yo nunca he tenido; pero yo he pasado por largos años de intenso sentir, y lo que para otros puede ser santamente ordenanza sagrada, para mí quizá sea humildemente costumbre accidental. ¿Se lo digo? ¿No se lo digo? ¿Le ayudará? ¿Le dañará? Si no me arriesgo, nunca haré avanzar a nadie. Si me paso de la raya, puedo arañar a un ángel. En esos momentos quiero ser muy responsable y muy abierto, quiero dejarme sentir todo lo que me surge por dentro en sensibilidad delicada a lo que soy y represento, y quiero también captar la situación individual y actual de la persona que tengo enfrente con su receptividad concreta y su necesidad ajustada. Y decidir lo que le digo. Quizá me equivoque. Me ha pasado a veces. Y aprendo de mis deslices. Una señora me insultó hace poco porque le desmonté el ídolo que ella se había hecho de cierto personaje, y yo creí que era el momento de liberarla de aquella servidumbre con visos de devoción. Me equivoqué de medio a medio. Ella seguía

necesitando las muletas de aquel apoyo, y se indignó floridamente contra mi supuesta falta de respeto a su ídolo. En cambio otra señora en otra tierra, a quien le dije lo mismo en las mismas circunstancias, se me quedó mirando con alegría sorprendida y me dijo: «Esto es lo que yo estaba necesitando y no me atrevía a decírmelo a mí misma. Gracias por liberarme.» Valga una experiencia por la otra. Cargo a gusto con el insulto de una, y celebro alegre la liberación de la otra. Así voy aprendiendo.

No soy diplomático. Tengo amigos diplomáticos y aprecio su profesión. La diplomacia está muy bien en el mundo de la diplomacia, pero no, en mi opinión, en el trato de amistad, de sociedad y de familia. Delicadeza siempre, pero disimulo no. Mi falta de diplomacia me ha cerrado puertas, lo sé. Un amigo que me conoce bien me dijo que si yo hubiera sido un poco diplomático podría haber ocupado cualquier cargo de gobierno interno. No los he ocupado nunca y quizá mi orgullo se resiente por ello. Pero quizá también mi vida ha ganado al quedar libre del peso de la autoridad. Soy más libre, más espontáneo, más transparente. Quien ocupa una postura oficial ha de decir y dice cosas que no siente, y que sólo a fuerza de decir llega a creer que siente. Para mí eso es una desgracia. Eso hace que la institución como tal pierda transparencia. Y eso me duele.

En la institución, la transparencia y la oficialidad están en razón inversa. Eso sucede en la Iglesia. Tenemos eficiencia, disciplina, organización, pero nos falta inocencia, espontaneidad, transparencia. Hay mucha declaración oficial y poco contacto real; hay pronunciamientos externos sin convicción interna; hay normas oficiales de conducta

sin la información correspondiente de hasta qué punto se observan. Esto llega a significar que en algunas materias decimos una cosa y hacemos otra, sonreímos por fuera mientras nos entristecemos por dentro, inclinamos la cabeza mientras se nos angustia el corazón. Eso, una vez más, duele.

Jesús tuvo aquella declaración gloriosa en el momento solemne en que se jugaba la vida ante el tribunal supremo de su pueblo presidido por el sumo sacerdote. «Yo he hablado abiertamente ante el mundo entero. Yo siempre he enseñado en la Sinagoga y en el Templo, donde concurren todos los judíos, y nada he enseñado en secreto. ¿Por qué me preguntas? Pregunta a los que han oído lo que Yo he enseñado. Ellos saben perfectamente lo que Yo he anunciado.» La gloria de la transparencia total en su doctrina. El gesto confiado de señalar al pueblo entero porque el pueblo entero le había escuchado y cualquiera podía dar cuenta de lo que había oído. Y el riesgo de confrontar con un favorable veredicto popular a la burocracia, enemiga de la justicia injusta, que quiere condenar a toda costa al profeta inocente en sí mismo pero peligroso para el régimen. A Jesús su respuesta le costó una bofetada. La transparencia siempre se paga.

Transparencia de Jesús en su persona. «Quien me ve a mí, ve al Padre». Transparencia existencial de identidad en el ser, en el sentir y en el obrar. Ver el rostro de Jesús es contemplar al Padre. Escuchar sus palabras es escuchar las palabras del Padre. Amar a Jesús es entrar en la Trinidad. Ésa es la misión esencial de su nacimiento entre nosotros. Hacer visible al Padre con su presencia.

Ésa es mi misión. Hacer visible a Jesús con mi presencia.

Ése es el sentido del bautismo y del sacerdocio. Por débil que sea mi persona y frágil mi alma, llevo en la frente el sello inconfundible de Jesús de Nazaret. En la India, donde vivo entre hindúes y musulmanes y parsis y jainistas, todos los que me conocen y me leen saben que soy cristiano, sacerdote y misionero. Han visto el sello que llevo en la frente, y esperan que manifieste en mi persona lo que llevo en mi nombre. Para muchos yo soy el único cristiano que conocen, y juzgarán el Evangelio por mi conducta. Aquí viene la transparencia, el don de Juan el Bautista: que yo desaparezca y Jesús aparezca. Que mi alegría, mi limpieza y mi fe hagan presente en mi vida la gracia, la fuerza y el perfil mismo de quien las inspira y las sustenta en mí. Que mi vida sea transparente, como rezó un alma buena, para que se vea la luz que llevo dentro. Que mis palabras continúen el Evangelio y mis actos obren sacramentos. Que mi oración sea conversación y mi fe sea presencia. Que Jesús ande conmigo y en mí en mi camino, para que al verme a mí lo vean a Él.

Una vez recibí una sentida carta de un joven muchacho. Él no me conocía, ni yo a él. Había leído alguno de mis libros para jóvenes en la lengua de aquí, y con la intimidad rápida que una lectura puede dar, me escribía para contarme sus cosas como había sentido en el libro que yo le contaba las mías. Soy muy personal en mis escritos, y eso hace que muchos lectores y lectoras me escriban para decirme que al leer mis libros se imaginan que dialogan conmigo. Eso decía también este muchacho, y añadía: «Al verme dialogando con usted sentí la necesidad de imaginármelo a usted de alguna manera. Yo no lo conozco, ni he visto ningún retrato suyo, pero se me ocurrió una cosa.

En uno de nuestros libros de texto en el colegio había una lección sobre Jesús, y en esa lección había una imagen de Él. Al hablar en mi mente con usted, yo me imagino a usted con esa figura. ¿Le parece bien?». Es la mejor definición que me han dado de lo que quiero que sea mi vida. Ojalá fuera siempre así.

La última transparencia. Transparencia para con Dios. ¿Puedo permitírmela? ¿Puedo decirle a Jesús que me aburre a veces en la eucaristía, que no leo los discursos del papa, que no creo en el infierno? ¿Cómo lo tomará? Acabo de enterarme de que los budistas tienen un infierno especial para los que no creen en el infierno. Habrá que andarse con cuidado. Claro que Dios sabe ya todo lo que yo pienso sin que yo se lo diga. Pero aun así me da corte el decirselo yo. Aunque creo que en definitiva le gusta que yo se lo diga. No es como sus representantes en la tierra que se ponen nerviosos en cuanto empiezo a decirles cosas de ésas. Él me entiende. Aun sospecho que no se toma muy en serio las cosas que de Él decimos por aquí abajo o las que le hacemos decir. Me río al escribir esto, y me imagino que Él se está riendo también. Ambos nos entendemos bien.

CREDIBILIDAD

Si no me creéis a mí, creed a mis obras.
Jesús

Cuando me presento por primera vez a un público, o cuando me pongo a escribir como aquí en blanco papel que llegará a manos nuevas, me pregunto con limpieza de intención: ¿qué busco yo con esta intervención?; ¿qué es lo que más me importa de entrada?; ¿qué deseo yo que quien me escuche o quien me lea reciba como primera impresión y vea en mí como base de todo lo demás que pueda seguirse? Y sé la respuesta: credibilidad. Para mí ésa es la base. Sin ella, el hablar es pura oratoria y el escribir, pura literatura. Para que a las palabras se asome la persona, para que el hablar sea vida, y el escribir sea testi-

monio, ha de haber autenticidad, sinceridad y credibilidad. Lo demás es puro entretenimiento.

Credibilidad no quiere decir que la gente se crea lo que yo digo, sino que vean que yo creo en lo que digo. No voy a convencer a nadie, sólo intento que sepan que yo estoy convencido de lo que digo. No se trata de probar nada ni de enfrentar actitudes ni demostrar soluciones. Sólo se trata de exponer. Pero aquí está la diferencia. Hay quien expone ideas con claridad y elegancia, sí, incluso con fuerza y elocuencia, pero ideas que no son suyas ni las ha hecho suyas en su vida más que para el despliegue verbal con superficialidad evidente. Y hay quien expone ideas con convicción, con vivencia propia y compromiso interno, con reflejo íntimo y eco personal. De eso se trata: que cuando yo hable, mis oyentes sepan que hablo de veras; que no estoy sencillamente repitiendo lo que me han dicho, copiando de lo que he leído, o proclamando lo que me han programado para proclamar. Que cuando yo hable, sea realmente yo el que hable, no sólo con mi voz, sino con mi conciencia; no por comisión de otros, sino por convicción propia. Que los demás acepten o no lo que yo digo, pero que acepten el hecho de que siento de veras lo que digo. Ésa es la credibilidad.

Lo adivinamos ya. La credibilidad viene de la transparencia. Cuando soy transparente, soy yo, y cuando soy yo, soy creíble. Soy yo el que hablo y se ve, se entiende y se nota que las palabras son mías porque las vivencias son mías, y la energía es mía porque la convicción es propia. La transparencia es la mejor presentación porque engendra credibilidad. Tendré razón o estaré equivocado, me dejaré llevar de la exageración o del prejuicio, seré justo o injusto

—que a todas las debilidades soy vulnerable en la limitación de mis ideas y la imperfección de mi sentir—, pero soy yo el que siento, el que pienso y el que hablo, y allá va mi pensar con la totalidad de mi ser. Esa postura es la única que me satisface y la que busco con afán.

La busco porque creo que es necesaria. A mi modo de ver, ésta es la gran necesidad de la Iglesia hoy. Yo creo que la Iglesia está perdiendo credibilidad a grandes pasos, y eso me entristece. Aumenta la distancia entre lo que se predica y lo que se practica, entre ceremonias oficiales y vida diaria, entre Evangelio y burocracia. Se debilita el contacto vital entre fieles y pastores. Hay cristianos que, en número creciente, no toman en serio a la Iglesia y dejan aflojarse con negligencia sus lazos con ella. Los jóvenes de hoy piden credibilidad antes de entregarse a nada ni a nadie y, al encontrarla disminuida en la Iglesia, se apartan de ella. Ése es el gran peligro. De esa consideración impuesta por los hechos me ha nacido la urgencia personal de vivirla en mi vida. Busco la credibilidad para acortar distancias cristianas. A todos nos importa.

Me encontraba yo enseñando la lección de turno en mi clase de matemáticas en la Universidad. Me tocaba explicar temas refinados de teoría abstracta. Al acercarme a una definición comprometida me avisó el subconsciente de que yo no la había preparado bien. Es curioso lo que enseña el enseñar. Creía que lo sabía todo pero, al ir a explicárselo a los demás, caigo en la cuenta de que yo mismo no lo había entendido bien. ¿Qué hago ahora? Podía exponer el tema dudoso con lenguaje asertivo sin entenderlo yo pero como si lo entendiera, dándoles a entender con mi énfasis que si ellos no lo entendían era por su culpa y su falta de

atención a mis claras explicaciones. Probablemente nadie en la clase habría caído en la cuenta del truco, pues los estudiantes de todos los tiempos están acostumbrados a oír sin entender. Una oscuridad más y adelante. Pero no me pareció bien. Tenía ya cierta experiencia en la enseñanza y mucho respeto por mis alumnos y alumnas, y no quise engañarlos. Al llegar a la brecha en mis explicaciones, les dije: «Lo siento, pero acabo de caer en la cuenta de que yo mismo no entiendo lo que ahora me tocaba explicar. Lo dejo para mañana. Os lo explicaré cuando lo domine yo mismo. Ahora vamos a hacer problemas para completar la lección.» Se hizo un silencio reverencial en la clase. No estaban acostumbrados a esa sinceridad. Ni yo tampoco. Al día siguiente completé la lección, y aumenté mis cuidados al preparar las clases.

Aquel día aprendí algo más importante aún que la definición dudosa: aprendí el camino de la credibilidad. Si cuando no sé, les digo que no sé, cuando les digo que sí que lo sé, me creerán también y sabrán que lo sé. Si quiero aparecer como un sabelotodo, acabaré por no saber nada, o al menos por que nadie se fíe de mí para nada. Me puedo equivocar, y cuando caigo en la cuenta lo digo, y eso mismo me hace ser más de fiar cuando digo que veo claramente lo que claramente veo. El precio de la credibilidad es la vulnerabilidad. Si me dan un baño, como a Aquiles en la laguna Estigia, o a Sigfrido en la sangre del dragón, y mi piel resulta en consecuencia invulnerable, podré ser un héroe de leyenda, pero me alejaré de la comunión fecunda con los demás mortales. Y de hecho, a Aquiles le queda el tendón sin bañarse para que por ahí pueda llegarle la flecha, y a Sigfrido le queda el espacio

secreto en la espalda donde se le había pegado una hoja durante su baño, y por ahí le entró la lanza que lo mató. Para ser humano hay que ser vulnerable. Y lo soy, pero ahora me toca el saberlo, aceptarlo y reconocerlo, y el dar un paso más y constatar que no sólo puedo ser herido, sino que lo soy de hecho, y me llegan y se me clavan todas las flechas y las lanzas con las que entran todas las debilidades del ser humano. Puedo equivocarme y me equivoco de hecho, y eso me acerca más a mis alumnos.

He dicho que mis alumnos probablemente no se darían cuenta de que yo no entendía bien lo que explicaba, pero me corrijo. Probablemente sí que se darían cuenta. Algo en mi manera de hablar, la misma fuerza de los argumentos, la voz levantada, el gesto exagerado, la insistencia forzada les harían sospechar inconscientemente que yo no estaba muy seguro de lo que decía. Nos traicionamos sin querer a nosotros mismos. Cuando más gritamos, menos convencemos. Y ahí viene la pérdida de credibilidad. Lo que da autoridad no es el volumen de voz, sino la cercanía a la realidad. No hace falta que demuestren mi ignorancia; basta con que la sospechen. Si me sonrío siempre, mi sonrisa acaba por no tener valor. Si digo siempre que soy feliz, mi felicidad es sólo de boca. He de saber mostrar mis lados débiles si deseo poder usar los fuertes.

Me ha ocurrido más de una vez enfadarme en público. Sé que según las reglas no se debe hacer, que en público hay que mostrar siempre sonrisa y dominio, que causa mal efecto perder los nervios y enojarse, y que una escena de mal genio puede estropear todo un curso de «espiritualidad oriental» como yo suelo dar. ¿Dónde queda la espiritualidad y dónde queda la paz del Oriente si al conferen-

ciante se le dispara el genio y da al traste de un tirón con toda la teoría que ha explicado? Lo sé muy bien. Y sin embargo me enfado. Suele suceder al final de un curso intensivo, o a última hora de un día cansado, cuando yo comienzo a sentir el peso del esfuerzo continuado y a aflojar los controles al acercarse el final. Y entonces sucede. Estoy a punto de acabar, alargando la última sonrisa, cuando alguien me hace una pregunta que me irrita, o toca un punto que no es para discutirlo a última hora, o dice algo que demuestra que todo lo que yo he dicho ha sido en vano y nos encontramos como al principio del primer día. Si esa intervención hubiera tenido lugar en cualquier sesión normal, yo la hubiera encajado con toda deportividad, hubiera permanecido en plena posesión de mi calma y hubiera dado una respuesta digna, apropiada y controlada. Pero me agarra al final, con las defensas bajas, y explota. Nunca he llegado a insultar a nadie o a pegar gritos, pero puedo ser mordaz, irónico y agresivo, y hacer trizas de palabra a quien se cruza en mi camino. Eso la gente lo ve y se pone instintivamente del lado de la víctima (aunque para mí la verdadera víctima soy yo). Se estropeó el pastel. Tengo que apearme del burro, dar explicaciones, arreglar el entuerto como sea. Acabó la cosa en punta. No deja de parecer una lástima que por una intervención de última hora se haya enturbiado la imagen que tan bonita iba saliendo. Siempre hay alguien que piensa así y me lo dice e intenta consolarme. Gracias.

Pero yo ya no pienso así. Yo me alegro por dentro de lo que ha sucedido, y sé muy bien por qué. Porque ese relámpago de mal genio era también parte de mi autenticidad. También ése soy yo: mi yo vulnerable, vulnerado,

desbocado. Que me vean tal como soy. Si me han visto cuando me enojo, me apreciarán más cuando sonrío, pues ahora saben que tengo genio pero sé controlarlo. Si me ven siempre buenecito y manso no van a caer en la cuenta del fuego que llevo dentro y de la doma de instintos que he llevado a cabo en la vida. Sin sombras y contrastes no hay retrato que valga. Que vean las sombras para valorar las luces. Ya no me importa si al final de un encuentro se me escapa el genio. No es que lo haga a propósito, pero casi casi. El que vean mis facetas oscuras me da credibilidad cuando ven las claras. Eso no se paga con nada.

Gano en credibilidad según gano en hablar por mi propia experiencia. Es lección fundamental que voy aprendiendo. Me toca hablar por mi profesión, predicar, exhortar y enseñar. Y comencé a hacer lo que todos hacemos: leer para hablar, aprender para enseñar, estudiar lo que decían otros para ir pudiendo decirlo yo. Es camino necesario, pero es sólo camino, aunque tiene el peligro de perpetuarse. Me he entrenado en repetir lo que he oído de otros y lo sigo repitiendo. Es fácil, es seguro y es aceptado, pero es segunda mano. Y segunda mano es un decir, porque repito lo que repitieron los repetidores predicando ya tercera mano. Y así sigue. Está bien dicho, bien pensado, bien trabajado. Bien repetido. Está muy bien como principio y como base. Me apoyo en todo lo que me ha precedido, y recojo con gratitud lo que otros han dicho, pero ¿cuándo puedo empezar a hablar en primera persona? Deberé hacerlo con toda humildad, con sencillez, con timidez al principio, porque ¿quién soy yo para hablar por mi cuenta donde todos hablan por cuenta de los demás?; pero hablaré con valentía, confianza y decisión, porque si no llego a hablar por mí mismo ¿qué valor tiene mi vida al final?

Es el gran paso. Comenzar a hablar en primera persona. Es delicado, pero necesario. Es la mayoría de edad en la reflexión y es el pasar de la cita a la experiencia. Antes hablaba porque lo había oído; ahora hablo porque lo he visto yo. Quiero probar toda verdad que yo predique, sentir toda esperanza que anuncie, vivir toda oración que dirija. El derecho a predicar el Evangelio es sólo de quien ha visto y oído y, salvando distancias, méritos, dignidades y proporciones, yo tengo que ver y oír de alguna manera en mí mismo si he de proclamar ante otros la verdad que es vida. No hay sustituto de la experiencia propia. En la India dicen los maestros hablando de la última experiencia: no se puede delegar un beso.

Hace pocos días visité el seminario más curioso de la cristiandad. Es un teologado formado sólo por dos personas, y los dos son amigos míos. Un profesor de teología especializado en sagrada escritura y un estudiante de primer año en camino hacia el sacerdocio, ambos jesuitas. Fui a verlos al pueblecito mínimo en que residen todo el año. Era domingo por la mañana, y estaban en Misa, que el profesor celebraba y el seminarista explicaba. Habría unas ochenta personas, que eran toda la población católica del humilde lugar. En una sola habitación adosada a la iglesia vivían, estudiaban, rezaban y platicaban los dos. El joven estudiante, que tiene todos los permisos oficiales para hacer toda la teología «por libre», me explicaba con entusiasmo el experimento.

Se trata de salir del marco de la enseñanza prefabricada en que hemos vivido. Pasamos en el seminario del latín al inglés como una gran conquista cultural, sólo para caer en la cuenta de que el inglés es tan idioma extranjero para

la India como el latín, y con el idioma toda la mentalidad y la cultura que van con él. Dimos el siguiente paso de los «teologados regionales» en los que ya usamos las lenguas indias; pero seguían estando en lugar apartado y lejos de la comunidad cristiana. La falta de satisfacción universalmente sentida, el interés enorme por encarnar nuestra fe en la cultura india, y la libertad con que nos honran las autoridades eclesiásticas nos han llevado a este último experimento. Un profesor y un alumno; cercanía a una comunidad cristiana; y todo el tiempo que deseen a su disposición.

El profesor lee la Biblia directamente con el alumno en su traducción *guyarati*. Nada de comentarios. No se trata de ver lo que otros dijeron, sino de permitirse sentir lo que en el entorno de la comunidad cristiana y en la formación de la propia experiencia surge en la lectura y la contemplación del texto sagrado. Recobrar la novedad de la lectura, exponerse a la palabra del Espíritu, hacer de la Biblia una experiencia. Daba gusto oír hablar al joven seminarista de la aventura que con tanta ilusión había emprendido.

Yo me dejé contagiar por su entusiasmo, pero luego le dije: cuidado. Dices que prescindes por ahora de comentarios y tratados para abrirte sin prejuicios al mensaje original de las escrituras, pero acuérdate de que tienes ya un comentario escrito en tu mente que está ya condicionando tu lectura. Tienes veintidós años y te has educado inteligentemente desde pequeño en las ciencias sagradas. Ese comentario es el más peligroso porque no caes en la cuenta de él. Si quieres llegar al fondo, distánciate de todo prejuicio y ábrete a la gracia de Dios hoy. Y otra cosa. Está bien limpiar la mente para que te hable Dios, pero

una vez que hayas visto tú en el texto sagrado todo lo que puedas ver, vuelve a los comentarios. Está bien que no los leas de antemano para que no te condicionen pero no los ignores como complemento, pues te privarías de la sabiduría de siglos y de la guía de maestros. Yo he disfrutado en toda mi vida con la lectura de comentarios rigurosos de los libros sagrados como no he disfrutado con ninguna otra lectura. Aprende a combinar la limpieza de tu libertad con los toques de la tradición.

Aquí hay una pareja valiente que ha querido hacer de la teología una experiencia. Importante en la tierra sagrada de la India en la que Dios es experiencia y la oración es contemplación. Un esfuerzo para traer frescura a jardines antiguos, y una nueva ilusión a estudios ancestrales. Todo esto puede ayudarnos a restaurar la credibilidad que tanto deseamos. Comprendí el único problema del teologado celular. Los muchachos del pueblo no dejaban estudiar al seminarista al asediarlo con sus preguntas, sus consultas y su presencia todo el día. Su teología va a tener ciertamente raíces en el pueblo.

La cercanía ayuda a la credibilidad. Yo me pasé diez años mendigando hospitalidad de casa en casa en los barrios pobres de la ciudad. Pasé por centenares de hogares, probé variedades de manjares, dormí en la rigidez del suelo, me duché en cucillitas bajo grifos públicos, conocí familias sin cuento, escuché confidencias cercanas, acaricié niños, bendije novias, recé con enfermos y presencié muertes, llegué a ser parte de la vecindad en rincones tradicionales de la vieja ciudad. La gente me preguntaba: «¿por qué viene usted a vivir con nosotros?» La mayoría sospechaba que iba a estudiar costumbres para encontrar material para

mis libros. Jamás pensé en eso, aunque de hecho escribí tres libros con mis experiencias de aquellos años felizmente trashumantes. Otros me atacaban diciendo que iba a convertirlos secretamente al cristianismo, y quisieron llegar a prohibirme la entrada en barrios ortodoxos, pero nunca lo lograron. Yo, para explicar mi presencia, les repetía con candidez la palabra que ya entonces había aprendido y me guiaba en muchas decisiones en la vida: credibilidad. Yo soy escritor y escribo libros, artículos y columnas de periódico. Tengo lectores que me leen, me siguen, me quieren y me hacen sentir su afecto y su respeto en cartas, visitas y llamadas; y yo me siento muy cercano a ellos en afecto, pero me encuentro separado en efecto. Yo vivía en las afueras de la ciudad en los terrenos de la universidad en una casa de jesuitas tradicionalmente separada por clausuras papales del laberinto de callejones estrechos y casas apiñadas donde viven apretadamente mis lectores y lectoras. Eso me remordía las entrañas como un pecado oculto. No había cercanía, no había contacto, no había verdad. Mis libros se escribían lejos, y mis artículos venían de otro mundo separado. Me dolía y quise acortar distancias, quise escribir mis páginas en los rincones mismos en que vivían su vida los que me leían. Quise compartir su vida, sentir sus inquietudes, respirar sus hogares; quise recobrar credibilidad para lo que decía y escribía. La cercanía da autenticidad, y el vivir en familia da autoridad y sobre todo la satisfacción de estar en medio mismo de la gente buena por la que trabajo. Eso me llevó a tomar la bicicleta, perderme en el mapa cifrado de los barrios viejos, llamar a puertas vetustas, conocer familias, vivir intimidades y sentirme hermano de mis hermanos y hermanas, miembro de

mi comunidad y ciudadano de mi ciudad. Eso selló mi presencia en el entorno de mis esfuerzos. Eso dio valor y sentido a lo que yo escribía y decía, porque lo decía y escribía desde dentro. Sacramento de credibilidad.

Leo la invitación que acabo de recibir. Se trata de la inauguración de una escuela para ciegos en un barrio pobre de la ciudad. Me dicen que no quieren invitar a ningún político para que presida la función, a ningún magnate de las finanzas ni a ningún (que así lo dicen y abundan por aquí) profesional de la predicación religiosa. Me invitan a que yo diga unas palabras, corte la cinta y rompa la nuez de coco en el umbral, pronuncie una oración y dé la bendición al local y al personal, porque estiman que eso dará más sencillez y más autenticidad a la ceremonia. Sé de qué se trata. La credibilidad cuesta una vida entera. Pero se bendice cuando llega.

Me encuentro con que al escribir sobre estas siete palabras, me salen retazos de autobiografía por todas partes. Quizá es porque es así como debe ser. No son palabras extrañas o prestadas, no es un artículo en un diccionario o un nombre en un anuncio; son ecos palpitantes de realidades íntimas que se van formando en el fondo del alma, emergen a través de sentires, pensares, vivencias y experiencias, y al fin suenan con melodía propia en los espacios de la vida. Que sigan sonando.

CREATIVIDAD

El Reino de los Cielos es semejante a...
Jesús

Imaginación, inspiración, originalidad, creatividad... es la sal de la vida y el soplo del espíritu; es lo que hace salir luz de las sombras, y orden de la confusión; es el principio del mundo y el principio de todo. Todo lo que es nuevo comienza por crearse, y lo que no es nuevo es sólo repetición de lo que ya fue. La creación es el privilegio del Creador. El participar de alguna manera humilde, sencilla, mínima, analógica, remota, figurada, parcial, relativa en la emoción suprema de la creación primigenia, es el gozo más íntimo del hombre y la mujer sobre la tierra. Creatividad es la centella de lo divino en medio del corazón humano.

No tengo ni idea de qué voy a decir sobre esta palabra, ni, a decir verdad, sobre las demás. Nunca escribí un libro sin una nota, sin la carpeta correspondiente, sin la preparación larga de memorias y esquemas. Éste fue pura provocación. La propuesta de escoger siete palabras y acariciarlas, besarlas, escribirlas y comentarlas, era tentación paradisíaca de efecto inmediato. Antes de confirmar compromisos o firmar contratos se me dispararon las ideas y casi acabo el libro antes de aceptar escribirlo.

No hay nada comparable a la espera temblorosa de la mente expectante ante la página por escribir. Es gozo y temor, es seguridad y desconfianza, es saber que todo va a salir bien y va a ser maravilloso, y dudar de poder expresar en signos terrenos los pensamientos alados que revolotean fuera del alcance del diccionario. Es verdadero placer concupiscente prolongar la espera ante la página blanca en adoración de misterio esotérico. Con razón llaman crear al escribir.

Recuerdo el nombre del tren donde viajaba cuando ocurrió: el *Deccan Queen* o «Reina del Decán» que hace el recorrido de Bombay a Pune en el tiempo límite de cuatro horas. Charlaba yo con mi compañero de viaje sobre cualquier cosa. Las erosiones desiguales del paisaje escalonado llenaban de variedad escultórica las ventanillas del tren. La conversación discurría sin incidentes y el mundo estaba en paz. De repente me ocurrió. Una revista religiosa hindú me había propuesto una colaboración continuada bajo un título general que pasaría luego a ser un libro. Yo había aceptado en principio. Había tomado notas, había pensado esquemas, pero no acababa de ver el enfoque certero del libro futuro. Y súbitamente lo vi. Fue en medio de la con-

versación, entre el traqueteo del tren y los silbidos de la máquina. Sencillamente lo vi. El enfoque claro, el plan que daba unidad y sentido a todas las ideas, el vector definitivo que marcaba la dirección del pensamiento y lo echaba a volar. Ya estaba el libro. Se escribirá cuando se escriba y se publicará cuando se publique, pero en la mente había nacido ya entero y completo. Seguí la conversación como si no hubiera pasado nada. Sólo una sonrisa leve delató el parto secreto. Nadie se enteró.

¿Por qué llega la inspiración en el momento más inesperado, en las circunstancias menos favorables, en el ambiente más distraído? ¿Por qué cuando la llamamos no aparece, y cuando no la esperamos se presenta arrolladora, avasalladora, inevitable? ¿Habrá manera de adivinar sus horarios, calcular sus ausencias, prever sus visitas? No la hay. En la India decimos que la flauta de Krishna suena en los bosques de Vrindavan cuando menos se espera. En eso está precisamente su atractivo, su misterio y su travesura. Las breves notas, el tono inconfundible, la llamada insistente que invita a la intimidad a quien quiera acercarse. Nunca se sabe cuándo va a sonar, y por eso hay que estar siempre preparados para la respuesta.

Reconocer la ocasión. Ése es el gran secreto de la acción. Por nuestra cuenta no podemos hacer mucho, si no es prepararnos, estar atentos, otear el horizonte, esperar la oportunidad. Pero cuando ésta surge, hay que lanzarse. Ése es el mérito de la obra. Quien duda ante la oportunidad, pierde la vida, que de oportunidades está hecha. Hay que aprender a reconocerlas, a saber que se darán, a recordarse que nunca se sabe cuándo vendrán, a estar siempre dispuestos a responder, y a hacerlo con inmediata

alegría y decidida fe. Todos los logros de la existencia son oportunidades aprovechadas.

Así fue en la primera invitación que tuve para visitar Latinoamérica. Yo había vivido hasta los veinticuatro años en España, desde entonces en la India, y me consideraba feliz y agraciado por haber recibido de manera vital el influjo bendito de dos grandes culturas. En la lengua *guyaratí* tenemos una expresión para quien tiene la suerte de vivir una vida especialmente llena: «vivir dos vidas en una». Yo me regocijaba en ello, con plenitud inmerecida de bendición duplicada en grato vivir, cuando inesperadamente se me abrieron las puertas de otra cultura no menor y un mundo entero que es siempre Nuevo Mundo para quien lo ha llevado de alguna manera consigo en la historia, en la raza y en el lenguaje. Iban a ser «tres vidas en una». ¿Quién podría resistirse? En cierto modo es la bendición del escritor. El escritor escribe, los libros se publican, se distribuyen, llegan a manos diversas y a países lejanos, y en donde menos se piensa pulsan una nota, despiertan un eco, y surge un contacto y se emprende un viaje. Así recibí yo un buen día una invitación de dos damas de Argentina para visitar su país y dar un curso en su institución de estudios y prácticas de espíritu y salud orientales y occidentales. Recibí la carta. Tenía libre la próxima temporada. Consulté a mis superiores. Estudié las fechas. Y casi a vuelta de correo contesté agradeciendo el contacto y aceptando la invitación. Sólo después supe el revuelo que mi respuesta había causado. No se la esperaban a pesar de haberla solicitado. Cuando les llegó mi carta y vieron que yo me disponía a visitarlas según ellas me habían pedido, mis buenas anfitrionas se llevaron las manos a la cabeza horrorizadas y

exclamaron: «¿Qué hacemos ahora? ¡Ha aceptado!» Nos reímos de buena gana cuando luego me lo contaron. Por un lado me invitan y por el otro se asombran de que acepte. Admiro su iniciativa en invitarme; y me regocijo de mi prontitud en responder. Aquella primera visita me abrió las puertas de Latinoamérica y dio una dimensión nueva a mi vida. Nunca es tarde para mundos nuevos.

Un sobrino mío, que trabaja en la planificación de una multinacional, me contó su primer trabajo en la empresa. Se trataba de repensar todo el funcionamiento de la empresa, y para ello, en vez de tomar el sistema tal como estaba, detectar sus fallos y corregirlos, habían de prescindir de todo el método existente, comenzar de cero y planificar la producción, distribución y organización como si la factoría fuera a comenzar. Luego, una vez hechos los nuevos planes y establecido un nuevo orden, verían si había algo en el sistema antiguo que se pudiera aprovechar, y lo ajustarían en él. Pero de entrada lo pensaban todo de nuevo como si estuvieran empezando por primera vez. Ésa es la «ingeniería de diseño» que llaman ahora, y que, con sus ventajas y desventajas, tiene el atractivo de fomentar la creatividad y la imaginación. Si sólo se trata de echarle petachos a un traje viejo, nadie va a sentirse muy inspirado por la tarea; pero si nos dejan escoger telas, colores, modelos y cortes, lo vamos a pasar en grande y encima es posible que aún salgamos con alguna moda que revolucione la alta costura. Esta disposición ayuda a pensar, a soñar, a desatarse y a imaginar. Abre la posibilidad de encontrar nuevos caminos y nueva ilusión. Ya quisiera yo que estos métodos se aplicasen en reuniones que yo me sé. Son métodos de juventud, y a todos nos viene bien que nos rejuvenezcan de vez en cuando.

Me gusta leer poesía para fomentar la imaginación. Nada puede tanto para liberar el pensamiento en cualquier lengua y en cualquier cultura como una metáfora súbita, un verso inesperado, un poema valiente. Incluso me he estado aprendiendo de memoria sonetos de Borges por el puro placer de hacerlo, por activar mi propia memoria, y por la ventaja añadida de poder citarlos de vez en cuando y ganarme fama de buena memoria, cosa que en realidad no tengo. Aquí mismo me apetece ahora citar uno, y esto ilustra el método sin método con que estoy escribiendo este libro. Al comenzarlo no tenía yo ni la más remota imaginación de que iba a citar en él un soneto de Borges, y ni siquiera tengo sus obras a mano aquí en la India, donde estoy escribiendo, para poder verificar la exactitud de la cita. Pero me he embarcado en la aventura y ha salido el deseo. Son varios los sonetos ejemplares de Borges, que para mí sólo tienen paralelo con los de Lope de Vega, y éste es uno de mis favoritos:

«¡Cuántas cosas! Lucano el que amoneda
el verso, y aquel otro la sentencia;
la mezquita y el arco, la cadencia
del agua del Islam en la alameda.

Los toros de la tarde; la bravía
música que también es delicada;
la buena tradición de no hacer nada;
los cabalistas de la judería.

Rafael de la noche y de las largas
mesas de la amistad; Góngora de oro;
de las Indias el ávido tesoro,
las naves, los aceros, las adargas.

¡Cuántas voces y cuánta gallardía!
Y una sola palabra: ¡Andalucía!»

¿Verdad que merecía la pena? Yo no escribo versos, pero los disfruto. El que no es poeta, dijo Chesterton, tiene tendencia a convertirse en poema. Lo dijo en su original libro, *El club de los oficios raros*, donde presenta un club que sólo admitía como miembros a aquellas personas que habían inventado el oficio del que vivían. Las dos condiciones eran estrictas: el oficio inventado había de ser enteramente nuevo, y el inventor debía ganarse la vida con él. El libro cuenta seis oficios divertidos con todas las peripecias a que dan lugar. Pero lo importante es el mensaje que se adivina en la narración: cada uno debemos inventarnos la vida. Sin eso no podemos entrar en el club.

La creatividad no nos excusa del esfuerzo. La imaginación se apoya en el estudio. La originalidad de ser uno mismo se consigue sólo después de examinar lo que otros fueron. El trabajo duro ha sido siempre uno de los componentes de mi vida, quizá a veces con exceso, y ni presumo ni me avergüenzo de ello, sino simplemente lo digo. La diosa Sarásvati, que es la diosa de la inspiración en la India, viene cuando quiere; pero si no le hacemos la corte, no vendrá nunca. Hay que suplicarla para que venga, y hay que dejarla libre para que venga cuando quiera. Cada dios y cada diosa en el panteón indio tiene su vehículo, y el de la diosa Sarásvati es el pavo real. Hoy por la mañana, como todas las mañanas, he salido muy temprano, a las cinco y media, a pasear por los terrenos de la universidad. Hay muchos pavos reales por los prados, madrugan ellos y hacen madrugar a los vecinos. Pronto he oído sus voces típicas. Son graznidos desafinados, porque Dios le dio plumas bellas al pavo real pero voz fea. Hay que compensar.

Nadie lo tiene todo. Y el pavo real es muy caprichoso. Se le han subido las plumas a la cabeza, y no hay manera de persuadirlo de que se ajuste a nuestros horarios. He visto a un fotógrafo desesperado recurrir a todos los trucos para hacer que el pavo real desplegara el arco iris de su cola ante su cámara impaciente. Ni por esas. En un momento en que el fotógrafo estaba distraído, el pájaro desató sus colores. La viveza de los colores del pavo real en el pájaro vivo no tiene paralelo sobre la tierra. La simetría, el contraste, el brillo y las curvas de los colores dibujan ensueños en las largas plumas. Por un momento quedó vertical el semicírculo deslumbrante de la exposición súbita. Para cuando el fotógrafo enfocó su aparato, el pájaro había recogido su paleta y las plumas habían vuelto a la posición horizontal y anónima. No hubo foto.

Creo que la universidad mantiene los pavos reales en sus prados para que nos inspiren a los que paseamos por ellos. Una vez vi uno de ellos subido a un muro, con el despliegue soberbio de toda su gloria multicolor. Me paré para admirarlo. Él se volvió de uno y otro lado para ofrecerme una vista completa de toda su belleza. Fue un rato largo de contemplación reposada en sesión exclusiva. Al fin el pavo real recogió sus plumas, saltó del muro y desapareció entre la maleza. Yo me quedé un rato dejándome empapar por el arte. Fue una experiencia privilegiada, pero para ver a un pavo real exhibir sus colores hay que pasearse muchas veces, mañana y tarde, por los prados de la universidad.

Mi padre falleció cuando yo tenía diez años, pero me dejó para siempre en herencia la lección de trabajar fuerte y hacer las cosas bien. Él era ingeniero de Caminos, y yo

de pequeño también quería ser ingeniero. La escuela de ingenieros de caminos era entonces una de las instituciones académicas de mayor prestigio en el país, y el examen de ingreso era el más duro que se conocía. Pocos eran los que lo pasaban a la primera, y afortunados se contaban a sí mismos los que lo conseguían a la segunda o a la tercera. Recuerdo el diálogo inicial que me embarcó a mí en una vida de trabajo personal desde mis tiernos años.

—¿Qué quieres ser cuando seas mayor?

—Ingeniero como tú.

—¿Qué hace falta para ser ingeniero?

—Ingresar en la escuela.

—¿Y cuál es la asignatura más difícil del examen?

—Matemáticas.

—Pues ya sabes cómo llevar bien las matemáticas. Lo que importa son los problemas. Acuérdate. Por cada problema que el profesor os enseñe en clase, tú haz otros diez en casa por tu cuenta.

Me acordé siempre. El verdadero trabajo es el que se hace en casa por uno mismo, no el que nos hacen hacer en clase. Éste está bien y es necesario, pero es sólo para prepararnos para el trabajo personal. El secreto en el estudio y en la vida es no contentarnos con lo que nos hacen hacer, sino hacer nosotros diez veces más por nuestra cuenta. Parece mentira, tan pequeño como yo era entonces y cómo se me grabó la lección. La iniciativa en el trabajo. Preparar la lección aunque nadie me pregunte. Estudiar aunque no haya examen. Y leer mil cosas más allá del examen, que es lo que más ayuda para la vida.

En clase de griego me tocó más tarde estudiar a Sófo-

cles. De las siete tragedias que de él nos han llegado, estudiábamos en clase la mejor y más clásica de todas: *Edipo Rey*. Yo instintivamente me estudié las otras seis por mi cuenta. Y lo curioso es que me gustaron más. Disfruté mucho más con *Antígona* y con *Electra* y aun con la dudosa *Ayante* que con la perfecta *Edipo Rey*. Y la razón es bien sencilla: las veía por mi cuenta, y nada gusta más que lo que descubre uno mismo. Tener que preparar una obra literaria para un examen la estropea. El *Edipo Rey* lo supe, pero no lo disfruté. En clase de piano el profesor me señaló las sonatas de Mozart que venían en el curso. Yo me compré el tomo completo y las estudié todas, desde la *Sonatina en Do Mayor*, delicia de delicias en tres movimientos, hasta la *Fantasia y Sonata en Do Menor* con sus profundidades inesperadas. ¿Cómo podía yo escoger una y dejar otra, cuando cada una sonaba mejor que la anterior? Para entonces me había ya poseído la tentación redentora de la totalidad. La llamo tentación porque es peligrosa y puede causar daño y echar a perder esfuerzos nobles y causar frustración al no poder alcanzar la totalidad deseada en todo lo que se desea. Pero la llamo redentora porque nos saca de la mediocridad, nos libera de la rutina, nos lanza a dar todo lo que podemos de nosotros con entrega generosa a la amplitud de la tarea en el desafío de oferta amplia y nuestra respuesta de rendimiento máximo.

Cuando hice la carrera de ciencias exactas en la universidad de Madrás me explicaron las dos opciones que ofrecía para sus cursos. El curso ordinario, como cualquier otra universidad, y el «curso del honor» con condiciones mucho más duras de cursos, notas y fechas, pero con el aliciente

del nivel más alto en la facultad más prestigiosa del país. Me lancé por el honor, aunque casi me dejé el pellejo en la empresa.

Al cabo del curso de un año de lenguas oficiales para aprender el *guyarati*, todos mis compañeros pasaron a los cursos de teología, que eran la siguiente etapa en la carrera hacia la ordenación sacerdotal que todos anhelábamos. Yo también la anhelaba, pero caí en la cuenta de que en un año el *guyarati* lo tenía sólo «colgado con alfileres», y de que si lo dejaba en ese estado iba pronto a perder todo lo que había aprendido y nunca en la vida llegaría a dominarlo. Y me quedé un año más. Eso me hizo «sacar la lengua» en todos los sentidos de la frase, y cuando, al año siguiente, pasé a los estudios de teología con un año de retraso, dominaba suficientemente la lengua para leerla con facilidad y continuar en contacto con ella mientras estudiaba las ciencias sagradas. Nadie me preguntó más adelante en la vida si había tardado un año más o un año menos en mis estudios, pero ese año de más cambió mi vida, me dio raíces, me entroncó en la tierra y me metió en la sociedad de la India, en su cultura y en su vida como nunca lo hubiera hecho si no hubiera sabido la lengua. Años más tarde, cuando publiqué mi primer libro en inglés y lo vio un editor español y me pidió permiso para traducirlo y publicarlo en español, yo le contesté que permiso para publicarlo, sí, pero para traducirlo, no. Era mi libro, y yo sabía lo que sufren los libros en traducción. Yo repararía mi castellano y más que traducirlo, lo viviría en español yo mismo. Me costó trabajo. Hube de desenterrar mi castellano, enterarme de las reglas de la Real Academia de la Lengua que habían cambiado, reco-

brar ambientes y volver a ritmos perdidos. Pero lo hice. Y sigo haciéndolo. Que por mí no quede. Rendir al máximo. Compromiso de excelencia. Curso del honor. Diez problemas por cada uno. Así me he formado y así he trabajado toda mi vida, y así sigo haciéndolo ahora que he entrado ya en mi año setenta. Sigo frotándolo para sacarle brillo al talento que me tocó.

Todo esto suena a presunción descarada, y quizá lo sea, pero también quedamos en que era autobiografía, y así lo siento, por gloria o por vergüenza. Tengo horror a hacer las cosas a medias. Huyo del dominio de la chapuza. No llego a todo ni puedo todo, sé algunas de mis limitaciones y adivino otras; pero dentro de mis posibilidades y en lo relativo a mis facultades, quiero hacer todo de la mejor manera que pueda hacerlo, y llegar hasta el final cuando puedo evitar quedarme a la mitad.

En la lengua *guyarati* la ortografía es un dolor de cabeza. Y lo es para los mismos *guyaratis*. Cuánto más para un español. Hay vocales largas y breves, hay tres eses, cuatro tes, consonantes compuestas y sonidos aspirados y nasales que desafían al más valiente. Se condonan las faltas de ortografía en correspondencia normal. Hay gente educada que no escribe correctamente ni su propio nombre. Yo sé que también a mí me lo perdonarán, y la mayor parte de las veces ni caerán en la cuenta, pero yo no paso. Palabra que dudo, palabra que miro en el diccionario para asegurarme de su ortografía correcta. No sé si es virtud o es vicio, pero así lo hago. Lo que yo haga, en la medida de mis posibilidades y la humildad de mis limitaciones, ha de estar bien hecho. Voto de perfección.

Para mí el trabajo intenso es la preparación para la ima-

ginación. El ser aplicado ayuda a ser creativo. La inspiración llega cuando nos preparamos para ella. Que esté el prado limpio, regado y cortado para que los pavos reales de la diosa Sarásvati puedan desplegar su cola en él.

INTIMIDAD

El discípulo a quien amaba Jesús.
Juan

Intimidad, sensibilidad, delicadeza, ternura. Se me enternecen las entrañas con sólo escribir estas palabras. Lo que cuenta en la vida es la amistad, y la satisfacción del alma está en el cariño. De poco sirve la inteligencia, el estudio, el éxito y la fama si el corazón está vacío y no sabe amar y ser amado. Es lo más delicado del mundo, y por eso es lo que menos se nos ha enseñado. Y por lo visto ni siquiera acertamos a enseñarlo ahora. Me contaban unas novicias hace bien poco que su maestra les enseñaba que, cuando tuvieran «tentaciones» de amar a alguna persona, se abrazaran a la estatua de tamaño natural del Sagrado Corazón que tenían en el patio del noviciado.

Si yo viera una novicia abrazada a la estatua, creo que no podría reprimir las ganas de preguntarle: «¿A quién estás tentada a amar?». Al menos se sonrojaría y eso le haría bien. Admitamos que tenemos tentaciones.

La intimidad es la combinación de transparencia de la mente y afecto del corazón. Sé que puedo decirle a mi amigo todo lo que siento, todo lo que me pasa, todo lo que pienso, sufro y gozo por absurdo que sea y por descabellado que parezca. De hecho, disfruto haciéndolo porque sé que por su parte me espera la comprensión absoluta y la aceptación incondicional. Esto no quiere decir que no me critique, se me oponga o me señale lo que él considere fuera de lugar, que ya lo creo que lo hace y eso me ayuda, me ilumina y me guía, porque viniendo de él yo lo acepto también y aprendo a conocerme mejor al verme como él con amor me conoce. Pero sí quiere decir que me siento libre para decirle todo lo que me apetezca decirle, sin obligación tampoco de confesión compulsiva. Disposición total para hablar y disposición total para recibir, y certeza de que voy a pasar un buen rato hablando y escuchando, aunque lo que yo diga y lo que me diga mi amigo no tenga importancia en sí mismo. Comunicación mutua como base del encuentro siempre esperado y siempre disfrutado. Y cuando lo pide la vida, cuando hay crisis o baches, momentos de disgusto o ataques de frustración o sencillamente, cansancio con todo de una vez, tedio del vivir y tentaciones de darse de baja de todo, entonces se busca la compañía fiel y el oído amigo, se abren diques, se desahogan fondos agobiantes, se confiesan mezquindades humillantes, se habla, se calla y se llora. Y todo se calma porque hay quien lo entiende, lo recibe,

lo valora y lo suaviza con sólo oírlo, saberlo y aceptarlo. Muchos problemas se solucionan al decirlos y muchas heridas se cierran al mostrarlas. Así es el ser humano. El mero hecho de hablar en confianza con quien sé que me ama, rebaja la crisis y suaviza el dolor. Y el hablar de corazón me une más todavía al amigo amado.

A la comunión de ideas y experiencias se junta en la amistad el efecto tierno de la cercanía personal. Ese secreto temblor interno que hace que yo, sin razón alguna ni justificación lógica, me sienta atraído por una persona e indiferente ante otra. No hay programación objetiva, no hay razón evidente, no hay rasgo ni circunstancia que señale a una persona como merecedora de mi afecto en preferencia a otras; pero el vínculo surge, la atracción se reconoce mutuamente, y nace la amistad. Ahora ya no sólo se trata de contar cosas, sino de estar juntos; no es ya sólo la comunicación, sino la presencia; no es sólo la cabeza, sino el corazón. Ahora se puede estar juntos hablando, o se puede estar en silencio; se buscan las reuniones largas, o basta una sola sonrisa; hay más confianza madura y menos impaciencia adolescente. Siento el calor permanente de la memoria querida. Él se aumenta en los encuentros y crece en las ausencias. Él da profundidad a las trivialidades, alegría a los tropiezos y eternidad a las promesas. Y cuando se junta el afecto profundo con la confianza comunicativa, surge el vínculo que une vidas al tiempo que libera la fuerza más sagrada del corazón humano.

Llevo dos días esperando a un amigo. Es el seminarista de quien he dicho que hace la teología por libre. Me había prometido venir este sábado y domingo, y estamos a lunes

y no ha aparecido ni él ni mensaje alguno de su parte. Examinó mis sentimientos. Me gusta que me prometiera venir, y me inquieta que no haya venido. Me gusta, por decirlo todo, que tenga libertad para no venir a pesar de la promesa si es que se le ha presentado algo imprevisto y urgente y no ha podido ni avisarme; y digo que me gusta que sienta esa libertad para cancelar una cita aun sin avisar, porque la libertad mutua en la amistad es la condición más importante para que dure, y si quiero obligarle rígidamente a que cumpla su promesa, voy a debilitar y poner en peligro nuestra amistad. Que se sienta libre para venir a verme cuando quiera, y para cancelar una cita cuando por cualquier razón le convenga. Obligarlo a venir a verme es destruir el encuentro. O nos encontramos en libertad mutua, o no nos encontramos. Hay amistades que se debilitan y se rompen por la insistencia tradicional y equivocada de que tú tienes que venir y yo tengo que ir, y si tú no vienes quiere decir que no te importo yo, y si yo no voy, tú vas a creer que no me importas tú a mí, y se van a enfriar las relaciones y vamos a acabar mal. Libertad ante todo, sentida y expresada, teórica y práctica, de tu parte y de la mía. Por eso respeto el que no hayas venido. Pero tampoco te voy a decir que no me importa.

Ayer y antes de ayer estuve todo el día sin salir de mi habitación esperándote a ti. Esperando a Godot. Y Godot no vino. Prisionero de tu espera. Me vino bien pues escribí el doble de páginas de este libro de lo que había calculado. Si me fallas en otra cita voy a acabar este libro en tiempo de plusmarca. Está bien, y me gusta escribir de un tirón y entonces me salen las ideas con mayor secuencia. Pero estoy harto del maratón, y el que las cosas salgan bien no

justifica el que se hayan planeado mal. Cuando vengas a verme, que espero será pronto, ven sin avisar para darme la alegría del encuentro inesperado. Y no me des excusas por no haber venido el sábado y domingo, y no me expliques todas las emergencias imprevistas en que te encuentras atrapado para no poder venir a pesar de acordarte de que tenías que venir y desearlo sinceramente. No me des explicaciones, que lo van a estropear todo y van a convertir nuestra relación en un gabinete diplomático. Sencillamente, cuando vengas a verme por sorpresa, que espero que sea pronto, lo que quiero es ver en tu rostro la alegría de verme, la ilusión de encontrarnos otra vez juntos, el brillo en tus ojos al mirar los míos, tu voz cristalina, tu gesto despreocupado, tu postura cómoda, tu cuerpo relajado, a gusto y tranquilo. Ése es el mensaje que quiero: que nuestra amistad continúe a pesar de los arañazos que le damos. Espero que vengas pronto. Ya sé que en tu refugio selvático no hay teléfono. Pero sí hay sendas para salir a la carretera y tomar un autobús de línea. Apúntate pronto.

Conocía a esa muchacha desde pequeña. La vi crecer, estudiar, graduarse, casarse, irse a vivir a Bombay a casa de su marido, que era la de sus suegros, en el laberinto dinosaurio de la urbe desbordada de humanidad creciente. Siempre es duro para la novia hindú dejar la casa de sus padres e ir a vivir a casa de sus suegros, y en particular de su suegra que ha estado toda su vida casada esperando este día en que va a descargar en su nuera todo el trabajo (y algo más que el trabajo) que descargaron sobre ella cuando llegó de nuera a casa de su suegra en la tradición ininterrumpida de la sociedad india. Más duro era en este

caso, pues la novia era de una delicadeza frágil en salud y en carácter, había sido educada con mimo en casa de sus padres, de la difícil casta de brahmanes «anáviles», que son pocos y aristocráticos, y se hace muy difícil encontrar entre ellos parejas núbiles de fácil ajuste; y para colmo en este caso, la muchacha había vivido toda su vida en Ahmedabad, mi ciudad, alegre y comedida, abarcable y disfrutable, mientras que ahora le tocaba ir a la vorágine de Bombay que ahoga en su extensión desmedida al pobre inocente que se pierde en su perímetro. Allá fue ella. Pasaron meses. Me tocó ir a Bombay a dar una charla, y yo me salvo de perecer en el remolino porque me van a buscar, me traen y me llevan, y no me entero de por dónde paso ni adónde voy. Me quedó un día libre e intenté la aventura. Habían puesto a mi disposición un coche con chófer; yo tenía la dirección de la muchacha, y él se comprometió a encontrar la casa. Nos costó hora y media llegar. Bombay es enorme. Otra media hora, encontrar la calle exacta entre la madeja de callejones entrelazados. Por fin la encontramos, subimos la escalera estrecha de la casa de pisos, muy distinta del elegante chalet en que ella había vivido en Ahmedabad. El chófer, eficiente hasta el final, llamó a la puerta. Salió la misma muchacha a abrirla, pero no me vio. Yo me había escondido en el rincón de la escalera. Vi la cara interrogante de la muchacha. «¿Quién llama?» Ella miraba al chófer. Yo salí de mi escondrijo y pronuncié su nombre. Ella me vio y toda la cara se le iluminó. «¡Padre!» Por un momento desapareció todo el entorno. Se me agarró llorando y la acaricié despacio. Pasamos al interior. Me presentó a sus suegros. Me trajo el té y, para colmo de suerte, mientras estábamos hablando

la llamó su padre por teléfono desde Ahmedabad y hablé yo con él. La muchacha quedó feliz con la visita, sus suegros la miraron con respeto al ver que un personaje como yo había ido a verla en su casa, y su familia en Ahmedabad se regocijó del feliz episodio. Y el que más me regocijé fui yo. Es importante renovar toques de afecto en una vida de trabajo.

A veces he hecho viajes largos sólo para visitar a una amistad, masculina o femenina, y pasar unos días en renovación compartida del afecto común. Necesito dosis de ternura para paliar la rudeza darwiniana de la lucha por la existencia. Necesito saber que alguien al menos me quiere por mí mismo, no por mis libros, mis conferencias o mis éxitos. Necesito descansar de mis trabajos, de mis esfuerzos y de mi eficiencia ante quien sólo le interesa mi presencia, mi persona, mi afecto, como sabe que a mí me interesa el suyo. Me consuela adivinar esa figura al fondo del salón donde estoy hablando a dos mil personas, y saber su sonrisa complacida en medio de los aplausos, las risas, las preguntas y mis respuestas. Al final me dirá, cuando se marchen todos: «Yo me reía todo el rato por dentro. Me gusta que te aplaudan y que te salgan bien las charlas. Que les firmes libros y les des bendiciones. Yo no necesito todo eso. Me basta con escucharte desde lejos y saber que eres mi amigo. Yo he pasado este rato junto a ti, aunque estaba bien lejos y no me has firmado ningún libro. Eso es lo que a mí me gusta. Estar lejos pero cerca, y que tú sepas que te apoyo, pase lo que pase en el salón. ¿Te parece bien?».

Ésa es la gran ayuda para templar los nervios al hablar ante dos mil personas. Alguien está allí cuya amistad con-

migo no depende de cómo salga la charla. Esa tranquilidad penetra en lo más íntimo y facilita el contacto con el público sin ansiedades multitudinarias. El afecto suaviza el esfuerzo. La aceptación facilita la comunicación. La sonrisa callada lleva a los aplausos. Mis mejores amistades lo son independientemente de mis trabajos y de mis logros. Ése es el valor de la intimidad.

Me llegan cartas después de mi visita a un sitio en el extranjero con charlas, cursos, entrevistas y talleres. Me cuentan sus impresiones, me agradecen la visita, me critican mi actitud, me piden que vuelva. Una carta dice: «Al volver de acompañarte al aeropuerto desde donde partiste, todas las hermanas hablaban de ti. Muchas preguntaban qué habías dicho o qué habías hecho, y otras contestaban todo eso y mucho más. Yo sólo dije: 'El vuelo salió a tiempo'. No supe decir más.» Y era quien más podía haber dicho.

En el verano de mi primer año en la India caí enfermo. No era cosa seria, pero mi cuerpo mediterráneo se resintió ante los rigores del Decán, y toda la piel se me levantaba con olas rojizas de alergia tropical. Me encontraba en el paraíso natural de Kodaikanal, doblemente valioso para mí por la belleza derrochada por la naturaleza allí, y por ser la tierra donde nació mi mejor amigo; pero desde que me agarró la dolencia incandescente, perdí el sentido de lo bello y me retorcí en el lecho de tormento sin otro deseo que salir de aquello como fuese. De repente apareció en la habitación el Padre Rector. Era persona muy eficiente y rápida, y descargó su eficiencia sobre mí. Me dijo sin pararse siquiera a preguntarme cómo me encontraba: «Me he enterado de su situación. He llamado al médico del

lugar que no tardará en venir. Él le dará la medicación oportuna. Si en tres días no se alivia, lo enviaré a usted a Madrás y lo ingresaremos en el hospital. No se preocupe.» Y se marchó sin haberse acercado a mi cama. Me quedé furioso. Me quemaba el alma por dentro más que la piel por fuera. Cómo me curen o dejen de curarme es lo de menos; no me moriré de ésta, y de peores he salido. Pero, por amor de Dios, trátame al menos como persona. Míreme a la cara, hable despacio, oiga de mis labios lo que me pasa, dígame que lo siente aunque no sea verdad, consuélame diciendo que se me pasará pronto aunque ni usted ni yo sepamos cuánto va a durar. Pásese un rato conmigo, siéntese en esa maldita silla y hágame compañía, que es lo que más aprecio cuando estoy solo y enfermo en un país extraño al que acabo de llegar. Él sólo era el ejecutivo eficiente; se enteró de que uno de sus súbditos estaba en la enfermería, hizo las diligencias pertinentes al caso, me informó de ellas y se marchó. ¡Al diablo con la eficiencia! Hubiera preferido que me dieran sencillamente una purga, pasase lo que pasase, que no un diagnóstico profesional con un tratamiento deshumanizado. Era mi primera enfermedad en la India, y se me pasó la alergia, pero me quedó la cicatriz por dentro.

La delicadeza es la virtud de las virtudes. Sin ella, las demás dejan de ser virtudes, y ella sola por su cuenta constituye ya virtud excelsa. Saber mirar a la gente a la cara, sentir talentos; adivinar necesidades; anticipar deseos; preguntar por interés, no por preguntar; escuchar con afecto, no por obligación; pasar todo el rato que haga falta; no mirar el reloj; comprometerse internamente a no decir ninguna de las cosas tontas y sin sentido que se dicen

en esas ocasiones; reconocer el valor del tacto y saber administrar delicadamente el toque, la caricia, el largo apretón de manos que comunica más que cualquier palabra; mirar con afecto; despedirse con pena y cariño en una misma sonrisa. ¿Quién sabe hacer todo eso? El que no sepa hacerlo, es mejor que no venga.

Este año vino un jesuita joven a aumentar nuestro grupo. Tiene veintisiete años y se ha encargado de la dirección de la residencia universitaria de ciento cincuenta muchachos que es una buena tarea para hombros tan jóvenes. Lo está haciendo muy bien, y también ha encajado rápidamente en la vida de nuestro grupo, que no es un grupo fácil, ya que cada uno de nosotros es persona eminente en su ramo, le llevamos muchos años a él y, quién más, quién menos, nos gusta recordar y hacer recordar nuestros laureles, y los enumeramos delante del hermano joven como prueba de lo que nosotros ya hicimos, y como llamada de atención de lo que se espera que haga él si quiere llegar a nuestros niveles. Pero él tiene su propia personalidad, y en poco tiempo se ha establecido como un director de primera y se ha ganado el respeto y afecto no sólo de los estudiantes, sino, lo que es más difícil, de sus compañeros que trabajamos con él. A mí se me acercó un día y me dijo por su cuenta sin previo aviso: «Carlos, cuando quieras salir fuera por cualquier cosa, dímelo y te llevaré yo en el coche. Lo haré con mucho gusto. No hay problema.» Yo reflexioné un momento y le dije: «¿Sabes que nunca me había dicho eso hasta ahora nadie en la vida? Años hace que vivo en esta institución, no conduzco (Latinoamérica: no manejo) y voy en bicicleta por la ciudad a donde tengo que ir, o andando si es cerca, y el otro día

tuve un accidente pues, al ir a cruzar a pie una calle de dirección única que quedaba libre en aquel momento, un hombre enorme en una motocicleta potente vino a toda velocidad en dirección prohibida, me tiró al suelo y desapareció rápidamente por el otro lado. A mí me dejó tumbado en el suelo, sangrando de manos y rodillas, con las gafas rotas y palpándome los huesos, que afortunadamente habían resistido el embate. Necesito protección y la acepto. Te pediré que me lleves en coche siempre que lo necesite. Pero más que la comodidad del transporte, aprecio y me llega al alma la delicadeza espontánea de tu ofrecimiento sincero. Te conozco muy poco, pero desde este momento tú eres una persona distinta para mí.»

Un toque amigo basta para cambiar una relación. Yo siento un aprecio especial en mí hacia la delicadeza, la sensibilidad, la ternura. El celibato me ha llevado a vivir toda la vida en un mundo exclusivamente masculino, y echo de menos en él el refinamiento de modales y maneras que las manos femeninas traen a la vida. Por eso aprecio más las ocasiones inesperadas en que me ha tocado recibir los cuidados de esa enfermera primorosa que hay en cada mujer. Hace mes y medio aterrizaba yo literalmente en una comunidad de monjas donde debía dar unas charlas sobre la vida religiosa, charlas que en el momento de llegar yo estaban en peligro, pues tenía temperatura alta, garganta ronca, y debilidad general causada por una gripe fuerte que casi me hizo cancelar el viaje a última hora. Llegué como pude y vieron mi situación. Estaba yo hecho un trapo. Para sorpresa mía, ellas parecieron alegrarse. ¡Nosotras lo curamos! Fue un grito de guerra. Vieron la oportunidad de tenerme a su disposición como paciente indefenso, y

decidieron vengarse de todas las veces que curas como yo les habíamos impuesto a ellas hacer lo que nosotros queríamos. No hubo cuartel. Un grupo de ellas fue inmediatamente al bosque circundante para buscar las hojas medicinales que ellas conocen tan bien y usan tan eficazmente. Medicina aborigen de recetas caseras. Mientras tanto, otro grupo había traído un enorme caldero, lo habían llenado de agua hasta arriba y lo estaban calentando sobre un fuego de troncos de leña hasta que hirviera el agua. Ahora comenzaron a echar las hojas en el agua mientras decían algo en lenguas que yo no entendía, y no sé si serían oraciones cristianas o conjuros paganos. Parecían las brujas de Macbeth revolviendo el caldero, pero una cosa estaba clara, y era que se lo estaban pasando en grande. A mí me colocaron después, con el torso desnudo, inclinado sobre el brebaje hirviendo, me cubrieron de mantas por todos lados y me mandaron que revolviere el caldo y respirara hondo y sudara todo lo que pudiera. Me tuvieron así tres cuartos de hora, mientras ellas reían y cantaban a mi alrededor y a mi costa, sin poder yo contestar porque no sabía lo que decían, ni podía moverme de debajo de las mantas. Por fin cesó el vocerío, alguien dio la orden de «¡Un, dos, tres!», me quitaron todas las mantas de golpe, me secaron y me metieron inmediatamente en la cama con la orden de no moverme para nada. Caí dormido como un tronco y dormí diez horas. Cuando me levanté tenía la garganta clara, los bronquios limpios y un gran apetito. Otro griterío. La tribu se aprestaba a darme de comer. No sé si disfrutaron más ellas cuidándome que yo dejándome cuidar. Dejarse querer. ¡Qué frase tan bella! Y qué realidad tan sencilla en aquella bendita experiencia.

Estoy deseando volver a agarrar una gripe. (Latinoamérica: gripa).

La intimidad es el alma de la vida. No vale declararse macho y creerse que uno está por encima de sensibilidades románticas. Tampoco vale decir que hay peligros y por consiguiente hay que cerrar la puerta rigurosamente a todo trato afectivo, personal y profundo. Hay que abrirse con delicadeza a la delicadeza, con sensibilidad a la sensibilidad, con ternura a la ternura. Amo todas estas palabras y lo que significan. Para todos y para mí deseo la gracia de la intimidad, que es la que en definitiva nos hace hombres y mujeres vivos y reales en lo más íntimo de nuestro ser. El que no ama, no vive.

ASOMBRO

Al oírle, Jesús se maravilló.
Mateo

Es la virtud del niño. Es la inocencia de la vida. La capacidad de ver, de aprender, de ser. Es la pupila limpia, la mirada transparente, la memoria sin estrenar. Todo es nuevo, y por eso todo es maravilloso porque todo se ve por primera vez. La capacidad de asombro es la medida de la vitalidad en el ser humano.

Un joven se presentó a una persona mayor en busca de consejo y dirección. El joven tenía ideales, quería hacer algo por su país y por el mundo, y quería afianzar sus sueños con la madurez de la edad. Descubrió sus ilusiones ante quien consideraba avanzado en la vida y en la experiencia, y esperó alientos nuevos. El hombre mayor se

encogió de hombros y contestó: «Cuando yo tenía tu edad también pensaba así. Me iba a lanzar a conquistar el mundo y la sociedad para establecer un orden nuevo de justicia y paz en todas partes. Era divertido, ¿no? Pero ahora tengo ya mis años y he visto la realidad, y ni yo ni tú ni nadie puede hacer nada para mejorar el lío en que la humanidad se ha metido. No te rompas la cabeza dando golpes contra la pared, que no sirve para nada. Resígnate a la realidad cuanto antes mejor. Déjate de sueños, procúrate un buen empleo por las buenas o por las malas, y déjales a soñadores como tú que pierdan el tiempo y se amarguen la vida intentando lograr lo que nadie ha podido lograr. Ése es el mejor consejo que puedo darte, y tienes suerte de que te haya tocado oír esto tan joven.»

Para mí esto es criminal. Es asesinar un alma joven. Es robar sueños, destruir ilusiones, matar vida. Aquel joven vino a verme a mí después de haber ido a ver a aquel personaje que le apisonó las ideas. «¿Qué hago? ¿Es verdad lo que me dijo? ¿Son todos así? ¿Es la vida tan desesperada como la pintan? ¿Pasa siempre lo mismo? ¿No tiene remedio nada?»

Todo tiene remedio si sabemos verlo. El pesimismo del anciano viene del realismo del fracaso. El mundo no mejora y el intentar mejorarlo, según ellos, sólo lleva a la frustración. Es verdad que no somos profetas, y que aun los profetas no consiguieron mucho tampoco en su época más que ganarse la enemistad de la sociedad de su tiempo y acabar de ordinario de mala manera. Todo eso es verdad, y lo saben muy bien tanto los que se han desanimado y ya no quieren hacer nada, como los que aún tenemos fe y queremos seguir viviendo. ¿Qué sentido tiene este seguir

viviendo con ilusión cuando parece que ya no hay lugar para ella?

Yo vuelvo a mi vida, que es la única que vivo, la que sé y la que dirijo a mi manera, y la que para mí es reflejo de todo lo que veo, microcosmos de la sociedad en pleno, laboratorio mínimo pero exacto, escuela elemental pero verdadera, que proyecta experiencias personales sobre amplitudes sociales; y encuentro en mí elementos de esperanza, alegrías de vida, entusiasmos de juventud, promesas de fe, y me atrevo a vivirlas yo mismo en mi vida como señal humilde y signo evangélico de que aún hay esperanza en el mundo y calor en los corazones y vida en la vida.

Me dijeron que no podría cambiar nada ni a nadie. Se olvidaron de un pequeño rincón. Puedo cambiarme a mí mismo. Lo haré o no lo haré, pero puedo hacerlo. No tendrá grandes consecuencias para nadie; pero sí para mí. Y conmigo valdrá como proyección abierta para dar luz a quien quiera verla y recogerla.

Mi responsabilidad continúa, y tanto más fuerte cuanto que otros pretenden escaparse de su parte en la tarea diciendo desde un principio que es imposible.

El pesimismo nos viene de la pérdida de la inocencia. El niño no es pesimista. Recobrar nuestra mirada inocente es ponernos en marcha hacia el descubrimiento de la vida. Tal y como hemos vivido, nos han disfrazado la vida antes de verla; nos han hecho aprender de memoria la historia antes de vivirla; nos han dicho el final del cuento antes de empezar a leerlo. Y ya no nos interesa. Hemos aprendido todo y estudiado todo y definido todo. Búscalo en los archivos y lo encontrarás. Los archivos están siempre llenos de polvo. Entre ese polvo yacen las reliquias de lo que era

fuerza y energía, de lo que era historia, de lo que era vida. Hay que sacudir el polvo para volver a los campos verdes de la historia viva.

Scarlatti componía ejercicios nuevos para cada uno de sus discípulos, y por eso tiene cientos de ellos. Uno nuevo para cada uno. Sorpresa cada día. Enhorabuena al genio. Una manera de sentir emoción es oír música nueva. Pero otra manera es oír música oída como si fuera nueva, es decir, conservar la capacidad de disfrutar de una obra aunque no se oiga por primera vez, o quizá precisamente más porque se ha oído ya varias veces. La obra es la misma, pero el oído que oye puede ser nuevo si sabe afinarse para la nueva representación. Y la vida también es nueva por muy repetida que sea, si se sabe escuchar con oídos vírgenes. Los ejercicios que Scarlatti escribía con valiente e instantánea inspiración son hoy piezas de concierto que provocan repetida admiración. Depende de nosotros. Habré oído docenas de veces la *Novena Sinfonía* de Beethoven, desde que mi padre me la tocaba en gramola vetusta, en los tiempos en que se usaban discos de viejo surco de cinco minutos de duración y aguja rústica que había que cambiar en cada disco mientras se le daba penosamente a la manivela para que funcionara el mecanismo primitivo... hasta los conciertos regios de hoy, en compañía sagrada y artística de directores carismáticos y orquestas inspiradas que hacen de la partitura mágica una experiencia nueva y profunda cada vez que la escuchamos en silencio reverencial de antesala del cielo. La última vez que escuché la *Novena Sinfonía* dirigía Jesús López Cobos y cantaba el Orfeón Donostiarra. Llegó el momento de la voz humana en el conjunto instrumental, y la entrada pre-

parada del coro entero con las palabras consagradas de la *Oda a la Alegría* de Schiller que también me sé de siempre de memoria:

*Freude, schöner Götterfunken,
Tochter aus Elysium,
Wir betreten feuertrunken,
Himmlische, dein Heiligtum!
Deine Zauber binden wieder
Was die Mode streng geteilt;
Alle Menschen werden Brüder,
Wo dein sanfter Flügel weilt.*

Las lágrimas me rodaban por las mejillas. No podía explicarme yo mismo la emoción. Nada era nuevo, pero todo era diferente, vivo, actual. Me sacudía cada nota como si me llegara por primera vez a la existencia. El asombro era doble por la emoción y por lo súbito e inesperado de la emoción. Me penetró todo el ser con fuerza insospechada. Aplaudí como loco entre lágrimas al acabar el concierto. Y no es la única vez que me ha pasado eso. No programo las lágrimas; pero las recibo agradecido cuando me las regala el arte.

Creo que en el descubrir belleza en cosas antiguas aun ya tarde en la vida, me ha ayudado mi adolescencia retardada. No la tuve a su tiempo. Entré jesuita a los quince años, y pasé directamente de muchacho a hombre sin llegar a ser adolescente. Nos llamaban colegiales con sotana, pero lo que mandaba era la sotana. Los tres votos religiosos marcaban ya mi vida con la consagración exclusiva de un modo de vida diferente, separado, exclusivo, y con la protección excesiva que me liberaba de las preocupaciones prácticas que allá fuera en la sociedad, el empleo y el

matrimonio iban formando en humanidad a los que habían sido mis compañeros de colegio.

Pobreza, castidad y obediencia. La pobreza no me dejaba tocar dinero, y hasta el día de hoy soy incapaz de llevar una cuenta por sencilla que sea... ¡y eso a pesar de haber hecho la carrera de matemáticas! No tengo conciencia de lo que vale el dinero, no sé lo que es la inflación (aunque esto sospecho que nadie lo sabe), no sé calcular un presupuesto ni leer una hoja de balance de cuentas, ni contar el cambio cuando me lo devuelven en la ventanilla. No tengo idea del precio de las cosas, no he adquirido la seriedad de traer cada mes la paga a casa; no sé cómo funciona un seguro ni por qué los periódicos traen todos los días páginas llenas de números pequeñitos que a mí no me sirven para nada. Todo es nuevo para mí en un universo que aún me queda por descubrir, y por eso me divierte ganar dinero, que sí sé que lo van ganando estos libros, y cada vez que me dan un cheque —que a mí no me va a servir de nada— me alegro como un chiquillo al que le han dado su primera propina. Inocencia financiera que aligera el peso de responsabilidades pecuniarias y deja ver el lado alegre de la economía casera.

Castidad. «Puridad angélica» la llamábamos, aunque un día reflexioné que poco podían enseñarnos los ángeles sobre la pureza si no tenían cuerpo. Segregación exclusivamente masculina a lo largo de dos años de noviciado, tres de estudios literarios, tres de filosofía, cuatro de carrera (en la universidad jesuita de Madrás no había coeducación), dos de estudios de lengua, cuatro de teología y uno de formación espiritual final. En todos esos años, apenas ni ver un rostro femenino de cerca. Como para secarle la

inspiración al mismo Picasso. Durante los estudios literarios en la bella ciudad de Orduña bajo el manto de la Virgen de la Antigua, las muchachas del lugar se quejaron a nuestro padre rector de que nosotros, los seminaristas jesuitas, no las mirábamos nunca a la cara. «¿Es que somos tan feas?», le protestaron. No sabían que teníamos una regla que nos prohibía «mirar al rostro de la persona con quien se habla, a no ser al saludar o despedirse de la persona». Y observábamos esa regla escrupulosamente. Como no teníamos que saludarlas ni que despedirlas cuando de tres en tres salíamos a nuestros paseos locos a través de sus calles, sencillamente no las mirábamos, y ellas se sentían ofendidas. Si les hubiéramos echado un piropo, nos hubiera costado la vocación. Esa regla de no mirar a la cara era parte de las «reglas de la modestia» que mi padre san Ignacio escribió de su puño y letra, y añadió que lo hizo con muchas lágrimas de devoción bajo la inspiración especial de la Virgen. Hoy han cambiado las cosas. Se nos permite mirar. Pero a mí me dejó tanta marca esa regla que aun hoy me cuesta mirar a una persona a la cara cuando le hablo. Sólo me gustaría decirles a esas muchachas de Orduña que no es que no las mirásemos a la cara porque eran feas, sino porque eran guapas.

Y quizá lo que más marca es la obediencia. En una edad en que esos muchachos y muchachas van formando su vida, su carácter, su personalidad, su futuro a golpe de decisiones importantes que deciden lo que van a ser el resto de sus vidas, nosotros, estudiantes jesuitas, nos dejábamos llevar sin chistar de un curso a otro y de una actividad a otra sin preguntar por qué y sin pensar adónde. No teníamos las preocupaciones de los muchachos de

nuestra edad. Qué estudiar, con quién casarse, qué empleo escoger, dónde vivir, cuántos hijos tener, cómo educarlos, qué hacer con el dinero o la falta de él, cómo portarse con parientes y conocidos, cómo planear la vida y asegurar la vejez... son encrucijadas vitales que marcan el rumbo definidor de una persona en la vida y que con su seriedad, su peligro, su angustia y su valentía perfilan el carácter de quien en ellas se adentra con responsabilidad personal y mérito propio. A nosotros nos daban todo hecho. Ve allí, estudia aquello, come lo que te pongan delante y no te preocupes de nada. No digo que sea fácil, sino que escamotea esa porción de la vida, inevitable y esencial para hombres y mujeres independientes, en que se toman decisiones y se moldea la personalidad. Yo ni siquiera pedí venir a la India. Quise, eso sí, hacer el sacrificio de dejar la patria, idea que se valoraba mucho entonces, y pedí ser enviado al Japón que era la moda del momento. Después de la II Guerra Mundial la cultura occidental había entrado en el Japón junto con la dominación norteamericana, y el papa Pío XII creyó que si se enviaban muchos misioneros en aquel momento, el Japón adoptaría del Occidente la religión cristiana junto con el adelanto científico, y pidió voluntarios jesuitas abundantes para ir al Japón. Ahí vi yo mi oportunidad, y me apunté. Me aceptaron la oferta pero me cambiaron a la India por conveniencias de trabajo. Recuerdo que me alegré positivamente al ver que Dios tomaba la iniciativa y, por medio de los superiores, me destinaba Él a un sitio distinto. Así ni yo mismo escogería el lugar de mi trabajo. Eso me consolaba.

Todo eso me robó la adolescencia. No digo que estuviera mal, que me hiciera daño, que hubiera sido mejor

hacerlo de otra manera o que me resiento por haber sido sometido a esos métodos. No. Todo está bien a su tiempo y cada planta tiene su primavera. A pesar de tanta deficiencia en la formación, no creo que haya salido yo tan mal, e incluso sospecho que estoy haciendo más trabajo del que hacen algunos jóvenes privilegiados con todos los métodos más modernos de una formación liberal. Lo bien pasado, bien pasado está. Pero perdí mi adolescencia. No tuve el reto, el gozo, la aventura, el miedo, el éxito, el descubrimiento de sentir día a día el crecimiento de mi alma en la emoción de la lucha diaria. No vi crecer el árbol de mi vida, y me encontré con los frutos sin haber contado las estaciones. Ni siquiera tuve crisis de «pureza angélica» como me imagino que tampoco tienen los ángeles en su retiro protegido de nubes de clausura. Fue un salto en la vida, una omisión burocrática, una etapa perdida. Los años en que debiera haber encajado la adolescencia se pasaron sin ella, y las ideas, experiencias, pasiones, revoluciones, ilusiones y tensiones que normalmente habrían estallado en ella, se quedaron calladitas, y dieron paso sin más, desde los juegos de un colegial hasta las bendiciones de un sacerdote que se encontró en el altar casi sin saberlo. Y la vida seguía.

Pero la naturaleza espera su turno con paciencia infalible. Y si su turno no le llega en una vuelta, espera a la siguiente. Me dejó trabajar, me dejó viajar, me dejó estudiar, aprender, enseñar y presentarme ante todos con figura acabada y formación completa. Pero no se olvidó de lo que tenía guardado hacía tiempo. Y un día me regaló mi adolescencia. Primavera tardía, como ocurre a veces en la lluvia y el sol, pero tanto más apreciada cuanto más

había tardado. Vientos juguetones, brisas alegres, chaparrones inesperados, nubarrones ceñudos. Olor a hierba en los prados mojados, flores abiertas en ramas despertadas, vida que le revienta a la tierra por todas partes, la cantan los pájaros, la sienten los árboles y la viven los hombres y mujeres que disfrutaban con júbilo la mejor estación de la vida. La estación del asombro.

Yo no quise estudiar matemáticas. Me mandó la obediencia, que aún obedecemos los que tenemos profesión de obedecer. Yo tenía ya para entonces interés en las letras, me gustaba escribir, me había formado en el hablar en público, o la oratoria sagrada, como restringidamente decíamos entonces, pero que fácilmente se traduce en conferencias y charlas en cualquier ámbito, y tenía interés en continuar esa línea en la India. Propuse estudiar en la universidad la lengua *guyarati*, tomándome todo el tiempo que hiciera falta para sacar el título en ella, enseñarla en la cátedra y luego ejercitarla en lo que yo había comenzado a hacer con cierta habilidad y deseaba desarrollar más, que era escribir artículos y libros. De hecho, los profesores del seminario en España habían criticado mi destino a la India porque yo había dado ya muestras de escribir bien, y opinaban que era más importante que desarrollara ese interés en castellano. Mi argumento le pareció bien al padre provincial, y me dio el destino de estudiar literatura *guyarati* con la bendición de la santa obediencia. Miel sobre hojuelas. Lo que yo quería hacer es lo que me mandaba el superior. Ya podía ser siempre así la voluntad de Dios. Pero no duró mucho la alegría. A los pocos días me cambió el destino. Me cambió de la literatura a las matemáticas. Y no me dijo por qué. E hizo bien en no de-

círmelo y yo en no preguntárselo. Sencillamente volví a obedecer como lo había hecho antes, no sin preguntarme ya entonces cómo era así que Dios cambiaba tan fácilmente de voluntad. Tardé veinticinco años en saberlo, y no es cosa agradable de contar, pero el paso del tiempo suaviza los acontecimientos y, como decía mi profesor de Historia de la Filosofía, las herejías antiguas pueden mencionarse sin peligro porque ha pasado su tiempo y han dejado de surtir efecto; sólo son las herejías recientes las que nos afectan más y de ellas hay que guardarse. Llegamos así, en mi historia, a celebrar los veinticinco años de nuestra llegada a la India el grupo original de veinticuatro expedicionarios, de los cuales habían muerto ya varios, habían vuelto a España otros, y el superior que nos había destinado a todos y había acompañado la expedición (y me había dado a mí mi destino de matemáticas en Madrás) había acudido también desde un país lejano para disfrutar y presidir la celebración del aniversario. Entonces me reveló sabiamente el secreto de hacía veinticinco años. Me dijo que él había estado enteramente de acuerdo con mi primera vocación literaria, que era sin duda lo más oportuno y conveniente para mí y para el trabajo que queríamos llevar a cabo en la región. De esta manera anunció él mi destino a mis compañeros del lugar. Al día siguiente le sorprendió una representación de mis hermanos jesuitas *guyaratis* que le manifestaron no estar de acuerdo con mi nombramiento: no querían que un español ocupara la cátedra de *guyarati* con prioridad a cualquiera de ellos. El sentimiento local ha de tener preferencia ante la postura extranjera. El superior accedió y me mandó a mí a las matemáticas. No me dijo entonces la razón porque en mi

juventud y en la molestia del cambio, el sacrificio de mi afición me hubiera sido difícil digerirlo. Hizo bien el superior en callarse. Pero también hizo bien ahora en revelarme la verdad. Sin amarguras ni ataques, sin reproches ni resentimientos, es bueno saber las razones de la historia y los ingredientes de la voluntad de Dios.

Y aquí viene lo divertido. Si yo hubiera ido a literatura y me hubiera dedicado a escribir libros desde el principio, para estas fechas estaría ya harto de escribir libros y mis lectores y lectoras de leerlos, y no haría más que repetirme tristemente y arrastrar ideas y camuflar refritos, abusar de la paciencia de todos y sentirme a disgusto conmigo mismo. Pero me frenaron. Me pasé treinta años enseñando matemáticas «con el fervor de un misionero enseñando la Biblia a caníbales», en frase célebre del gran matemático inglés G. H. Hardy a quien traduje al *guyaratí* por encargo de la universidad estatal, pero todo llega a su fin, y en estas tierras nos jubilamos de la enseñanza definitivamente a los sesenta años, y hay que hacerlo porque con el aumento de población hay mucha gente joven esperando empleo y hay que hacerles sitio y marcharse a tiempo y no dar excusas como hacen algunos a quienes les supone un trauma el jubilarse y quedarse sin hacer lo único que sabían hacer y lo disfrazan diciendo que quieren seguir sirviendo al prójimo enseñando cuando la mejor manera de servirle es marchándose. A mí no me ha supuesto ningún trauma, al contrario, he cumplido con todo lo que los superiores me mandaron, pero más allá de la jubilación no llega su mandato, y yo le he dado el adiós final a las matemáticas y he contestado a los discursos de despedida, y me he dedicado por fin a hacer lo que siempre deseé,

que es escribir libros y dar charlas, y lo estoy haciendo con toda la ilusión reprimida de estos treinta años en espera académica, con el entusiasmo acumulado bajo la obediencia prolongada, con la novedad, la frescura y la espontaneidad de frutos que nacen ahora tras la larga incubación impuesta por los hombres pero aprovechada oportunamente por los designios de Dios. Primavera tanto más disfrutada cuanto más retrasada.

De ahí viene la vitalidad, espontaneidad y energía que siento bullir en mí cuando podría ya sentarme en un sillón arrinconado y retirarme a pensar en lo mal que va el mundo y lo inferior que es la generación presente comparada con mi generación. Pero no lo hago. Me siento como un chiquillo que está estrenando juguete, y un juguete que hacía tiempo deseaba. Y la gente me lo nota. He mencionado al principio a la muchacha pintora de la distrofia muscular y la visita que le hice. Después de visitar la exposición, ella me invitó a dar una charla a los alumnos y alumnas de su clase. Fue un encuentro delicioso al no estar preparado. Vinieron saltando desde su clase cercana al salón de la exposición y se sentaron en el suelo en medio de los cuadros con esa naturalidad encantadora con que los indios se sientan bien sentados y se encuentran más a gusto cuanto más abajo estén. Les hablé de la vida de su profesora y de mi vida, les comenté algunos de los cuadros que nos miraban desde las paredes y que eran bellísimos, como el retrato de una muchacha que, según me había explicado la pintora misma, murió a los dieciséis años de la misma enfermedad que ella tenía. Mucho para hablar y comentar y reflexionar en grupo. De repente me volví a la pintora en su silla de ruedas, y los dos hicimos la misma

pregunta al mismo tiempo y nos reímos: «¿Por qué no preguntan ahora los estudiantes lo que quieran?» Hasta en eso coincidimos alegres. Los chicos y chicas se miraron entre ellos con esa consulta silenciosa que precede siempre en cualquier público a la primera pregunta. Una muchacha levantó la mano y preguntó: «¿Por qué usted está y aparece tan fresco, y nosotros no?». La pregunta la hacía una muchacha de diecisiete años a un viejo de setenta.

TIERRA

Éste es mi Cuerpo.
Jesús

Yo era ecologista antes de saberlo. Antes de que se descubriera la ecología y se inventara el nombre. Antes de leer libros sobre ecosistemas o de preocuparme sobre la capa de ozono. El amor a la naturaleza, el contacto con el entorno vivo, la devoción al agua y el cariño a las rocas, la reverencia a las montañas y la contemplación del mar han sido parte de mi vida desde que me conozco. La madre Tierra. El saludo al sol. La amistad con las estrellas. Vibro con todo lo que me habla de aire y de espacio, de pájaros y de flores. Me siento ciudadano del universo.

Hace unos días bajé corriendo de la terraza donde saludaba el amanecer temprano con rito diario, y les grité a

mis compañeros en medio de su desayuno: «¿Habéis visto alguna vez un arco iris sin que preceda lluvia?». Me siguieron escaleras arriba. Ni llovía ni había llovido ni iba a llover, y era una madrugada de invierno en la India lejos de los monzones que son los que traen la lluvia de julio a octubre. Sólo había unos ligeros escarceos de nubes escalonadas levemente sin casi existencia, y sobre ellas se dibujaba en tenue geometría el arco iris en medio cielo. Era extraño ver los siete colores en una atmósfera clara sin lluvia ni apenas nubes. Pero era verdad. Me alegré de no habérmelo perdido.

En una visita a Toronto mis amigos hindúes del Canadá me habían preparado todo un programa de charlas, cursos y actividades, y al explicármelo a mi llegada me añadieron con acento de conocerme bien: «Aquí muy cerca están las cataratas del Niágara y todo el mundo va a verlas; pero nosotros sabemos que a usted no le interesan esas cosas y no las hemos incluido en el programa.» Me callé. Luego, en la primera reunión que tuve con un grupo les dije: «Entiendo, si la geografía no me engaña, que estamos cerca de las cataratas del Niágara, y no me gustaría marcharme sin verlas. ¿Podría llevarme alguno de ustedes?». Veinte manos se levantaron, y vi las cataratas en cortejo. No sé por quién me toman a veces. La explicación es que proyectan sobre mí la imagen de persona espiritual que ellos se han formado y esperan que yo me conforme a ella. Pueden pensar de mí lo que quieran, pero yo he de ir a ver el Niágara. Y no sé qué dirían mis amigos del Canadá si se enterasen de que también he visto las cataratas Victoria entre Zambia y Rodesia, y las de Iguazú entre Argentina y Brasil. No me pierdo ocasión. De Livingstone,

a la orilla del río Zambesi junto a las cataratas Victoria, me traje la melodía que con regocijo ancestral tocaba un negro en una flauta de cuatro agujeros sobre el fondo rugiente del «Mosi-o-Tunia», o «el vapor que truena» como llaman los aborígenes a la caída del agua y la nube que levanta en kilómetros. En Iguazú quedé empapado y transfigurado ante la «Garganta del diablo» que es el espectáculo más impresionantemente cercano que he vivido en la tierra. No me pierdo ocasión de acercarme a la tierra en sus maravillas, y recuerdo los contactos.

La primera oración al levantarse en la India es juntar las manos y pedirle perdón a la Madre Tierra por pisarla. Que no haya ofensa en el contacto necesario, sino intimidad en la conexión. En casa siempre andamos descalzos. El pie desnudo acaricia el terreno que pisa agradeciendo el apoyo y mostrando su confianza. Cada paso ha de ser una oración, y cada caminar es un rosario de cuentas medidas que marcan los caminos de la vida con la fe del caminante. Da fuerza el sentirse junto a la tierra, el palpar su firmeza, el medir su inmensidad. Es el altar cósmico sobre el que celebramos a diario la liturgia de nuestra vida.

En Lanzarote, en las Canarias, el guía escarbó un poco la superficie con la punta de su bastón y nos invitó a meter la mano. El agujero estaba caliente. Nunca había yo sentido tan cerca el calor de la tierra. Sabía de volcanes y terremotos, pero nunca le había tomado la temperatura. Casi me dio miedo. La tierra estaba viva, caliente, derretida en su interior con movimientos gigantes de entrañas sin descanso. La tierra respira la atmósfera que la rodea y quiere que la tratemos bien. Si dañamos su alimento, la tierra sufre, y si sufre ella, sufrimos nosotros. Lanzarote

también me enseñó las gargantas de sus rompientes, las galerías subterráneas de laberintos y lagos, el jardín de cactus que parecen vivir sólo de tierra en florecer exótico. Fiesta de tierra y mar en paisajes del más allá.

En las tierras del Cuzco, en el Perú, la viejecita que pasaba de un valle a otro se despedía cada vez del que dejaba, y saludaba y pedía permiso para entrar en el que se abría ante ella. Coloquio permanente con los ángeles custodios de las montañas. Los valles tienen su historia, su belleza, sus peligros y su vida, tienen fuentes de agua y caminos encontrados, tienen cuevas de refugio y alturas de observación para dominar el terreno y fijar direcciones. Hay que cultivar su amistad y conversar con sus espíritus si deseamos un buen viaje y un feliz regreso. Las montañas son las dueñas del paisaje, y nos miran con benevolencia si les hablamos con respeto. Nos trae cuenta dialogar con la tierra.

La tierra son también las ciudades, ya que en ellas vivimos, y no hay que esperar ir al campo para sentir el cosmos. También aquí hay aire y luz, y se ven el sol, la luna y las estrellas, y hay árboles y pájaros, y se adivina la superficie del planeta bajo el asfalto, el hierro y el cemento. Hay que hacer lo posible por mejorar la salud ecológica de las ciudades; pero no podemos esperar a su salud perfecta para sentirnos a gusto en nuestro entorno. Amo la tierra tal y como es, al tiempo que quiero verla cada vez mejor.

Mi vínculo con la tierra es mi cuerpo. Me costó tiempo verlo. Había tratado demasiado mal mi cuerpo como para concederle importancia. Era un obstáculo más que un aliado. Cuatro veces a la semana, los lunes, miércoles, viernes

y sábados antes de ir a la cama, lo flagelaba rítmicamente a tono con mis compañeros secretos de dormitorio según las reglas sagradas del seminario tradicional. Ni me glorío de ello ni me avergüenzo, pero sí me permito pensar que no era la manera más sana de encontrar el puesto verdadero de mi cuerpo en mi vida. El cuerpo, que había de unirme en reconocimiento y sustento a la Madre Tierra, no gozaba de mi confianza. No había contacto. Sólo había sospecha y miedo y sujeción. Larga paciencia tuvo mi cuerpo hasta hacerse sentir dulcemente en mi vida.

Me ayudó la India. Es la tierra del yoga, y desde el principio, sin casi dejarme caer en la cuenta, como sabe muy bien hacer esta bendita tierra, me fue abriendo horizontes y corrigiendo actitudes, me devolvió la piel y me despertó los sentidos, me regaló con la furia de los monzones que me empaparon con sus lluvias torrenciales y súbitas ante mi enfado al principio y mi regocijo al final, me calentó con el sol inclemente de caída vertical que me deja sin escape ante espacios infinitos llenos de calor y de luz, me enseñó las estrellas por la noche con una claridad desconocida en los cielos de Europa, me llenó de verdes tropicales en las alturas de Kodaikanal y de soledades ardientes en los desiertos del Rayasthán, me entrenó el gusto con los sabores exóticos de sus hornos de barro, y me reconcilió con la presencia del manso ganado sagrado en medio del tráfico polvoriento y enloquecedor. Tomé conciencia del cuerpo, del entorno y de la naturaleza como nunca la había tomado antes. La vida en el trópico acerca a la tierra.

Eso no bastaba. El entorno favorecía la conciencia corporal. Pero la ocupación permanentemente intelectual se-

guía dando preeminencia a la mente con olvido del cuerpo. No sé bien cómo caí en la cuenta. Fue la lenta convivencia con gente que andaba mejor y respiraba mejor y se movía con más soltura que yo; fue el estudio teórico de las *sutras* de Patányali que fundamentan el *Raja Yoga* como base del *Hatha Yoga*; fue la experiencia privilegiada de un curso entero de *Vipassana* bajo la dirección carismática de su mismo fundador Shriman Nárayan Goenka; fue una caída que tuve y que provocó sin más consecuencia una serie de rayos X que denunciaban escoliosis «normal en su edad» causada por posturas encogidas y andares malsanos; fue sobre todo el descubrir al fin que prestaba mucha atención a la mente sin prestar ninguna al cuerpo, que había mejorado mis posturas intelectuales sin mejorar mis posturas corporales; que sabía mucho sobre mi mente y muy poco sobre mi cuerpo; que en definitiva, tenía un alma libre en un cuerpo rígido. Ésa fue la revelación efectiva: mi alma no sería del todo libre hasta que no liberara también mi cuerpo de sus hábitos rígidos, sus andares militares, sus posturas mecánicas, sus hablars electrónicos. Más en positivo: había que recobrar la conciencia del cuerpo. La tiene, como la tiene el alma, y está deseando comunicársenos y decirnos cómo se siente en el frío y en el calor, en el cansancio y en el vigor, en el sueño y en la digestión, en sus órganos y en sus sentidos, en su bienestar general o en sus síntomas especializados que nos alertan con tiempo de peligros personales. Hay que restablecer el diálogo con el cuerpo. Con tantas matemáticas y tantas lenguas, con tanto libro y con tanto examen, yo había arrastrado mi cuerpo sin consideración alguna por días sin descanso y noches sin sueño, por dietas irregulares y co-

midas precipitadas, por síntomas ignorados y dolencias descuidadas. Demasiado había aguantado. Había que hacer las paces.

Y era mucho más que hacer las paces. No se trataba sólo de una reconciliación amistosa, sino de un descubrimiento radical. Yo había ignorado mi cuerpo, a pesar de tenerlo tan cerca, y ahora caía en la cuenta de las riquezas que él tenía, lo mucho que sabía, la importancia de lo que tenía que decirme, la necesidad de su apoyo y la sabiduría de su amistad. Aquí estaba mi mejor amigo fielmente a mi lado, y yo no le había hecho ni caso. Menos mal que desperté a tiempo, que el cuerpo tiene la larga paciencia de todas las amistades verdaderas, y que el descubrir al fin una relación inesperada y feliz la hace aún más valiosa y más apreciada por ambas partes.

Esta mañana al levantarme he hecho, como todas, «los ocho movimientos de seda» del *Chi Kung*. Se remontan a una tradición china que se pierde en los siglos. Yo he encontrado en ellos la paz corporal, el contacto sensorial, el gozo orgánico, la sabiduría silenciosa, el bienestar kinético, la sonrisa ambiental, y el disfrute de estar haciendo una travesura infantil en medio de mis canas. Son mi oración, mi contemplación, mi ejercicio, mi disciplina; y mejor aún, mi entretenimiento, mi diversión, mi juego. Son mi toma de conciencia del cuerpo al comenzar el día para continuarla en lo posible en cada momento y vivir los acontecimientos de la jornada en compañía del cuerpo que aconseja, avisa y dirige. Es el entrenar mis movimientos, mis músculos, mis sentidos, mis huesos para que me lleven por el día con la suavidad que ellos saben, con la sabiduría que acumulan, con la energía que poseen. Es el recobrar

la totalidad de mi ser orgánico que no es ni con mucho un alma colgada de la nada, sino un organismo viviente y respirante. Al ejercitarme así por las mañanas, me recupero a mí mismo.

Los movimientos de esos ejercicios, como todo el *Tai Chi*, han de ser lentos, rítmicos, centrados, atentos, totales y cósmicos. Lentos para contrarrestar las prisas innatas que me llevan como loco de un rincón a otro tratando de arreglar los problemas enteros del mundo entero en el breve espacio de mi existencia. Rítmicos en la alternativa vital del *yin* y el *yang* que se completan, se equilibran, se traspasan el uno al otro las energías sustanciales de la vida en la respiración calculada y profunda. Centrados en el *tantien*, centro de gravedad del cuerpo y la persona en su unidad equidistante y su contacto radial con todas las extremidades. Atentos como meditación sincera que no permite distracciones y que facilita la concentración de la mente con los ritmos del cuerpo. Totales porque en su ideal se mueven todos los músculos del cuerpo al mismo tiempo, ya que la contracción de uno repercute en todos, y la alteración más mínima de una fibra se recoge en la totalidad del ser. Cósmicos porque mi cuerpo humilde es parte de la creación entera, y mi bienestar hace sonreír a las estrellas. El primer movimiento lleva por nombre «sostener el cielo con las manos». Mis manos están aquí, levemente unidas sobre mi cabeza con las palmas al cielo, y mi postura relajada y consciente es símbolo y figura de mi existencia entre cielo y tierra, con los pies en el suelo y las manos en el aire, mediador alerta de bienes cósmicos en el intercambio vital de la naturaleza entera. Mi existencia tiene responsabilidades universales ante la raza humana

y ante la creación entera. Y lo siento al moverme responsablemente cada mañana con ritmos ancestrales. Mi paz, mi carácter, mi oración, mi vitalidad, mi trabajo, mi alegría, mi postura, mi salud y hasta mi sueño por la noche han mejorado desde que hago todos los días los ejercicios de seda. Gracias, bendito cuerpo.

Me encuentro en la sala de espera del aeropuerto de Nairobi. Son las dos de la mañana en espera de un vuelo intempestivo cuyo horario le vendrá muy bien a la línea aérea, en este caso mi querida Air India que me va a llevar a Bombay, pero que me viene muy mal a mí y a mis ritmos metabólicos. Se me ocurre: ¿por qué no hacer aquí mis movimientos de seda? Si la gente juega a las cartas o reza a Alá en los aeropuertos, ¿por qué no puedo yo hacer mis ejercicios y templar mis impacencias con su dulzura? Dicho y hecho. Dejo mi equipaje de mano a la vista sobre un asiento, me acerco a un rincón discreto y me encuentro en mis apoyos y mi verticalidad como hay que hacer para empezar. Me sale magnífico. Allí estaba yo en medio de turistas japoneses, cazadores suecos y ejecutivos alemanes, sosteniendo el cielo con las manos y oscilando entre el *yin* y el *yang* como si tal cosa. Al acabar, saludé a la Madre Tierra con una inclinación, y un japonés no pudo contenerse y me saludó a mí con otra. *Sayonara* (o como se diga). Que es la única palabra que sé en japonés. Al menos él tendrá algo que contarles a sus amigos cuando llegue a casa.

Digo todo esto, no por hacer propaganda de movimientos chinos, sino por insistir en que hay que hacerle caso al cuerpo. Yo que trabajé tanto mi mente, estoy ahora trabajando mi cuerpo. Es tan importante, tan sano, y tan

paradójicamente espiritual lo uno como lo otro. No hay más que ver los frutos para caer en la cuenta. El cuerpo sabe mucho, entiende mucho, y recibe mucha información aun antes de que la mente pueda procesarla, con lo que puede ayudarnos rápida y eficazmente en perplejidades y decisiones, en peligros y dudas, en nuestro trabajo y nuestro descanso que también son irrevocablemente suyos.

Estos ejercicios no son gimnasia, ni son artes marciales, que están muy bien pero se trata de otra cosa; tampoco son misterios esotéricos de prácticas extrañas y conjuros mágicos en supuestas nebulosidades orientales. Son pura y sencillamente actividades del organismo entero, o por decirlo de alguna manera, ejercicios corporales con atención espiritual que hacen bien a toda la persona al devolver la unidad del ser y del obrar en una naturalidad que originalmente era nuestra y nunca debimos haber perdido. Son meditación en movimiento, son contemplación en acción, son recogimiento en su totalidad de alma y cuerpo, mente y corazón. La gran virtud, base de todas las virtudes, de estar recogidos, atentos, devotos, plenamente en contacto con nosotros mismos, con todo lo que somos y sentimos, con todo lo que nos rodea y nos afecta y nos espera, con todo lo que creemos con certeza de fe y todo lo que experimentamos con realidad de vida; es la plenitud de estar donde estamos y hacer lo que hacemos y ser lo que somos. Eso se fomenta, se facilita, se comunica poco a poco en los movimientos armónicos cargados de historia, de sabiduría y de sencillez que las edades antiguas nos han transmitido y podemos felizmente practicar en la nuestra. No es en manera alguna que ésta sea la única técnica. Las hay muchas y todas son válidas si coinciden el interés

personal, el maestro adecuado y el método oportuno. Hay que buscar hasta que cada uno encuentre el sistema que le va bien. Pero hay que tomarse el trabajo de buscar.

Tengo un amigo chino con quien me carteé por algún tiempo hasta que nos vimos en Hong Kong. Uno de mis libros está traducido al chino, y ya me gustaría saber cómo suena en el lenguaje de los mandarines; y este muchacho, que está ya felizmente casado y empleado en el exclusivo territorio, había leído mi libro y me escribió a la India y nos enviamos mutuamente cartas y libros una temporada. Más adelante nos vimos. Yo llegué a Hong Kong nada menos que en el año nuevo chino, que es la festividad de las festividades en todas partes donde haya chinos, que es todo el Extremo Oriente, y se celebra con dragones por las calles, con luces en todas las alturas, con fuegos artificiales en cada plaza, y con sobrecitos rojos de buena suerte que todo el mundo regala a todo el mundo (yo volví con una colección) y que llevan dentro un horóscopo, un billete nuevo del banco de Hong Kong y, en el caso de las monjas, una estampa de la madre fundadora. Allí nos vimos y nos entendimos gracias a que él, además del chino, hablaba también el inglés. Al poco tiempo de volver a la India, recibí carta suya. Siempre me asombra el carácter chino tan distinto de los demás que conozco, tan suave y tan brusco, tan sonriente y tan reservado, tan generoso y tan calculador, tan rápido en entender lo que se le dice y en parecer convencido por ello, como en repetir tozudamente su punto de vista y manifestar que no había entendido nada de lo que se le había dicho. Acabo de leer un libro, *The Lost Boat*, que me ha sacudido como no recuerdo otro en tiempo reciente. Se presenta como *avant-*

garde ficción china contemporánea, y advierte desde la tapa: «Olvídese usted de todo lo que sepa acerca de la China y déjese impactar por esta nueva contribución.» Me dejó. Y me revolvió todas las ideas preconcebidas que tenía por dentro. Aquello era un continente que yo nunca había soñado, y una civilización como no conocía ninguna otra. Es verdad que la ficción es ficción, pero también es verdad que la ficción, en su versión moderna, refleja la realidad de las circunstancias con más veracidad aún que la historia. Hay que seguir descubriendo como intento yo seguir descubriendo a mi amigo chino. Cada carta suya me depara siempre alguna sorpresa, aunque no es ésa la única razón por la que valoro su amistad. Pero en esa primera carta suya que recibí en la India después de nuestro primer encuentro, me regaló él un comentario inesperado. Decía: «Aún sigo asombrado y no acabo de explicarme el porqué, al encontrarnos por primera vez y darnos la mano, su mano y todo su cuerpo estaban tan suaves y relajados.» ¡Que me digan a mí eso, y que me lo diga un chino! No me lo hubiera dicho eso nadie cinco años antes, cuando tenía el cuerpo tieso como una caña y las articulaciones mecánicas como las de un robot. Y ahora me lo dice un chino, acostumbrado a valorar el cuerpo, a sentir las tensiones, a llamar por sus nombres chinos y hacer con perfección ancestral los movimientos tradicionales que yo torpemente ensayaba en mi aprendizaje. No me podían haber dado título más honorífico, alabanza más halagadora ni cumplido máspreciado. Había pasado con eso el examen más delicado de mi vida. Otros exámenes los pasaba con trabajar bien la memoria. Éste lo pasé con un apretón de manos. Mereció la pena el viaje a Hong Kong.

¡SÍ!

Hágase en mí según tu palabra.
María

Me encanta cómo pronuncias la palabra. Me fascina oírte decir ¡sí! Te lo dije. Es música en tus labios, es explosión de vida, es afirmación generosa y alegre de todo lo que eres tú y quieres que seamos los demás con esa apertura valiente y esa originalidad espontánea con que tú vives y deseas que todos vivamos. Es sílaba rápida, es nota aguda, es proclama decisiva. Es un acto de fe. ¿Has caído en la cuenta? ¿Te has fijado que cuando dices ¡sí! estás afirmando tu vida, estás confiando en Dios, estás invocando a la Providencia que se compromete a hacer realidad tu confianza y verdad tu palabra? Cuando dices ¡sí! con esa energía y esa vibración con que lo dices, estás haciendo

que todo el que te oiga crea en la vida, se enamore del mundo, se afiance en la eternidad. Cada isí! tuyo es un sermón, un testimonio, un empujón de gracia para los que te oímos. Me está sonando en los oídos ese isí! de tus labios, tan claro, tan valiente, tan tuyo. Me ayuda el escucharlo.

Toda la vida es un lento aprender a decir isí! Nos cuesta. Es decir, no nos cuesta el decir que sí, así por las buenas en cualquier momento y con cualquier motivo. Son afirmaciones fáciles de valor pasajero. Hay un sí más serio, más profundo y comprometido, más vital y decisivo, que es el que ha de sonar en la vida para que tenga sentido, dirección, valor y finalidad. Si el sí que define nuestra vida nos sale de dentro y suena en plenitud, todos los otros síes que nos saldrán en la conversación derivarán su sentido de él, y entonces nuestra palabra tendrá fuerza y nuestra vida tendrá fundamento. Sin ese sí radical de entrega y compromiso, la vida quedará vacía de contenido e inerte de fuerzas. Nos falta afirmación.

Todo empezó con un sí. El sí de la Virgen en su casa de Nazaret. No hubo programa más grande ni empresa más atrevida que la que en breves palabras proponía el emisario del cielo a la doncella de la tierra. Primero una pregunta necesaria y una aclaración rápida. Y después el sí. Nada de condiciones, nada de seguridades, nada de averiguaciones. Venga lo que venga. Apertura total y entrega definitiva. Será dolor y será alegría, será muerte y será resurrección, será esperar y será gozar. Todo vendrá a su tiempo y a su manera, porque la puerta está abierta, el corazón está entregado y los cielos esperan. Ésa es la respuesta que le gusta a Dios, y a esa disposición espera

para lanzar sus planes. A Dios no le gustan condiciones, dudas, demoras. Espera un sí claro, definitivo y permanente. Entonces Él entra en acción con todo el poder de su gloria y los planes de su eternidad. Y se consuma la redención.

San Pablo llama a Jesús el Sí. Lo hace al comienzo de su segunda carta a los Corintios, al defenderse de la acusación que contra él lanzaban de haber dicho primero que sí iba a Corinto, y luego que no, como si jugase irresponsablemente con el sí y el no. El mero pensamiento de tal cosa le horroriza a Pablo. Él quería ser en toda su vida un puro sí, sin dejos de políticas o disimulos o medias verdades; y en el enojo que le causa la acusación, se remonta a sus más altas teologías y afirma que Jesús es el Sí eterno a las promesas y los planes de Dios, y nunca una mezcla de sí y no; ¿y cómo va ahora a jugar entre el sí y el no quien se declara discípulo de quien sólo era Sí? Argumento sentido del apóstol ferviente que nada sabía de falsas promesas, y definición gloriosa de Jesús mismo como el Sí del Padre ante la humanidad expectante.

Los votos del religioso y la religiosa son un sí a tres voces. Son matices distintos en casas y en tradiciones, en tiempos y en lugares, pero lo que suena fundamentalmente a través de fórmulas y expresiones, ritos y costumbres, es un sí claro y sonoro a la llamada que se sintió con fuerza, se discernió con prudencia y se aceptó con entusiasmo. Un sí largo y de por vida a los ideales que consagran la entrega y al servicio que ennoblece el sacrificio. Y también el matrimonio es un sí mutuo y valiente ante la responsabilidad delicada del amor y el apoyo, de la unión y de la familia, del bien de la persona y la vida de

la sociedad. Todo lo que es grande en la vida humana, todo lo que es noble, duradero y valioso es un sí abierto y confiado a lo que haya de venir con fe de vida eterna.

Tengo quince años y he hecho ya el equipaje para ir al internado de los jesuitas en Tudela y acabar el último año del bachillerato con el examen final de la reválida que era la prueba de más prestigio de entonces. Yo ya había decidido ser jesuita, pero era bien joven y quería acabar el bachillerato, que me daría mayor madurez y posibilidad de ulteriores estudios universitarios si más adelante los necesitase en la Compañía de Jesús. El rector del colegio tenía especial interés en que yo acabara allí el bachillerato, porque se me daban bien los estudios y existía la posibilidad de que yo ganase el premio extraordinario que se daba al primero en toda la región y traería prestigio al colegio. Todos de acuerdo. Un último año de colegio, y luego al noviciado.

En esto recibo una carta urgente del padre espiritual del colegio. Me dice que cambie de rumbo. Que en vez de ir a Tudela, vaya a Loyola. Me esperan en el noviciado. Me felicita por poder entrar en el noviciado con la mínima edad canónica, aunque no me aclara del todo qué es lo que ha hecho surgir las prisas. Con mi inocencia de quince años, y mi obediencia de aun antes de prometer obediencia, tomo las maletas preparadas para el internado y cambio de billete de tren. Entonces había ferrocarril de vía estrecha hasta Loyola, y en él llevo yo. Me acompañan mi madre y mi hermano.

Nos arrodillamos en la Capilla de la Conversión. Leo en la pared: «Aquí se convirtió a Dios Íñigo de Loyola.» Al cabo de un rato, el padre maestro me hace seña de que

me levante y lo siga por la puerta que da a la comunidad. Mi madre y mi hermano quedan en la capilla. Mi madre me dijo luego que lloró todo el día. Mi hermano también me confió más adelante que aquel momento había sido el más desagradable de su vida, como lo fue después el de mi partida para la India. ¿Por qué tenían que apartarme de su lado?

Tardé varios años en enterarme de la trama secreta de aquella cita súbita. El Opus Dei comenzaba aquellos años en España a ser conocido y a atraer lo mejor de la juventud. Algunos de esos jóvenes habían pensado antes ser jesuitas, y a los jesuitas les dolía perder vocaciones valiosas. Eso había sucedido en el mismo colegio de Tudela, y había despertado la alarma entre los padres. En mi caso concreto temieron que si yo me quedaba un año más en el colegio, llegaría sin duda a conocer el Opus Dei y podría sentirme atraído por él. Ellos no deseaban perderme y actuaron rápidamente. Me escribieron que fuera al noviciado sin demora para quedar a salvo entre sus paredes antes de que yo oyera hablar del Opus Dei. Claro que de esto no me dijeron nada ni yo lo sospechaba entonces. Obedecí y fui. He contado esto por primera vez por escrito, y creo que con la mayor objetividad posible.

Yo tengo una definición imbatible de la voluntad de Dios, y es que la voluntad de Dios es lo que de hecho sucede. Si él no quisiera (con voluntad volitiva, permisiva o interpretativa, que poco me importan las distinciones de escuela), sencillamente no sucedería. Si ha sucedido es porque Dios, de alguna manera, lo ha querido. Según esa definición mía, si yo hoy me encuentro en la Compañía de Jesús es porque Dios quiso que yo fuese jesuita. Así lo creo

yo. Y también creo que los buenos padres que me ocultaron el verdadero motivo de su conducta, no obraron debidamente. O debieron decirme el motivo, o debieron haberse callado. Dios escribe derecho con líneas torcidas, pero eso no justifica a los que a sabiendas escriben torcido. Eso fue conducta «jesuítica» en el peor sentido que la palabra se ha ganado.

Caminos de Dios. Quien sí entró en el Opus Dei fue mi madre, y en él continúa felizmente hoy a sus cien años. Mientras pudo salir de casa, y cuando yo me encontraba en Madrid, la acompañaba personalmente todos los miércoles a la reunión de su grupo, le compraba libros de la Obra y la animaba en su profunda espiritualidad. Ella en sus primeros años en la Obra estuvo cercana a su fundador. Así es como yo recibí ya en el noviciado un ejemplar de *Camino* dedicado por el ahora ya beato José María. Tuve el honor de que me visitara personalmente en Oña, donde yo estudiaba filosofía y adonde se desvió él en un viaje que hacía por la provincia de Burgos. Merendó conmigo después de que yo le enseñase las bellezas arquitectónicas de la antigua iglesia y claustro benedictinos. Lo que más aprecié fue que me escribió una carta de su puño y letra para felicitarme en mi sacerdocio y bendecirme en él cuando yo me ordené de sacerdote en la India en 1958. Tarjetón romano de letra cuadrada que hoy es reliquia consagrada.

También la vocación misionera es un sí a una llamada de lejanía, de desprendimiento, de aventura. Llegué a esta tierra, antigua y nueva, y lo primero que hice ante mi primer padre espiritual fue pedirle permiso para hacer un voto especial de nunca dejar la India en toda mi vida. Soy

de una pieza, y me entrego a lo que hago. No quería tentaciones de volver a España o salir, cambiar o dudar, y quise ligarme a la tierra de mis destinos con la solemnidad de un voto religioso. El padre espiritual era un sabio al-saciano de barba blanca que había sido toda su vida director de almas y sabía que la vida es más larga de lo que parece y tiene más encrucijadas de las que sospechamos. Apreció mi dedicación, pero negó el permiso. Pocas veces habrá sido la negativa de un permiso mejor aprovechada. Con los años he llegado a viajar alegremente por el mundo entero.

El sí alegra el alma. No hay palabra más abierta, más confiada, más entregada. Es ensanchar los horizontes y respirar a fondo. Ante un nuevo plan, una propuesta, una ventana abierta, una senda adivinada, la primera reacción es lanzarse, avanzar y explorar. Para volver sobre los pasos siempre habrá tiempo. De entrada, déjame ver y averiguar lo que hay por delante. Si nunca me muevo, nunca me entero. Hay gente especializada en encontrar obstáculos, fabricar pretextos, encontrar excusas, obtener retrasos. Siempre no a todo lo nuevo. Hay una palabra divertida en *guyarati* que muestra en sí misma sentido del humor: *vighnasantoshi*. Literalmente: «el que disfruta poniendo obstáculos». Los hay tales. Profesionales de la protesta. Expertos en el retraso. Cofrades de la negativa. Disfrutan consiguiendo que la propuesta no prospere, que el plan fracase, que la ejecución se posponga. Son campeones de la pereza y técnicos de la comodidad. Les duele el que salgan las cosas adelante, y su máxima aspiración es que todo se quede como está. Siempre hay razones que oponer a una novedad, y ellos las encuentran enseguida con eficacia garan-

tizada. Comienzan por decir que no, y mientras lo dicen van pensando en las razones para justificar la negativa. Cerrarse de entrada.

El «no» viene de la pereza, que quiere evitarse las molestias que le vendrán del «sí». El Dr. P. C. Vaidya y yo fuimos los que introdujimos en la universidad del Gujarat en los años sesenta la que comenzó por llamarse «nueva matemática», que ahora ya es corriente en cursos y exámenes, pero entonces era novedad sorprendente para todos. Conjuntos, grupos, anillos, cuerpos, espacios vectoriales y álgebra matricial. Sonaba a brujería esotérica con lenguaje extraño y conceptos abstractos que reñían con los cálculos fáciles a que estaba acostumbrada una enseñanza esencialmente aritmética. Emprendimos la campaña con celo misionero. Cursos de verano para preparar profesores que aprendieran antes la materia para poder enseñársela después a los alumnos, giras por colegios de pueblo para llegar a lugares remotos que no podían acudir al centro, libros de texto para explicar desde un principio las asignaturas sin nombre mientras nos inventábamos la terminología para traducir en la lengua del país las novedades conceptuales, incluso una revista en *guyarati* que fue muchos años el instrumento más eficaz para la propagación de la nueva ciencia por todos los rincones, y en la cual me volqué yo, número tras número, con mi fervor matemático y mis deseos de escribir, explicando artículo por artículo las reconditeces de las teorías inéditas. Fue un tiempo glorioso de campaña militar por un objetivo académico. Al ver la generosidad desinteresada con que mi amigo Vaidya se entregaba a la tarea sin cobrar un céntimo, sin ahorrar sudores, sin escatimar tiempo, sin im-

pacientarse ante la lentitud de algunos en comprender y asimilar las tareas nuevas, yo llegué a decir en público que si yo hiciese por el Evangelio todo lo que él hacía por las matemáticas, sería un santo. Él es brahmán agnóstico, pero fue un verdadero apóstol del logaritmo y misionero de selvas algebraicas.

Sólo encontramos un obstáculo penoso que nos costó descubrir y nos dolió reconocer. Los que se oponían a nuestro santo apostolado no eran los alumnos, sino los profesores. A los alumnos les daba lo mismo que les enseñáramos lo antiguo o lo nuevo, ya que para ellos todo era nuevo, y de hecho, al explicarles la situación, preferían empezar cuanto antes con lo nuevo que les iba a ser más útil en vez de perder el tiempo con lo antiguo. Pero los profesores se resistían, se negaban a adoptar las nuevas enseñanzas, aducían razones pedagógicas para mostrar que los nuevos conceptos no eran apropiados para los alumnos y que aún no había llegado el tiempo de introducirlos, que hacía falta una mayor preparación y estudio de la situación, y que por ahora había que dejar las cosas como estaban. ¿Por qué toda esa resistencia? Es fácil adivinarlo, aunque a nosotros nos costó verlo porque apreciábamos a nuestros colegas y nos cegábamos caritativamente ante sus defectos. No querían las nuevas matemáticas sencillamente porque se les hacían difíciles. Ellos se sabían muy bien las antiguas, las habían aprendido de estudiantes, las llevaban enseñando años y años de profesores, las dominaban en todos sus aspectos y les costaba ya poco preparar una clase o resolver un problema. Pero ponerse a enseñar ahora desde la responsabilidad de la cátedra unos temas que para ellos eran enteramente nue-

vos, que tenían que empezar por estudiar ellos mismos sentándose otra vez en los bancos de clase, que eran bien distintos en enfoque y en filosofía de los sistemas tradicionales a que ellos estaban acostumbrados, y que dudaban de si llegarían a dominar lo suficiente como para poder enseñarlos con seguridad y facilidad..., eso era ya demasiado para sus años y su tranquilidad adquirida. Y surgió la oposición. Déjennos en paz. No metan asignaturas nuevas. Los alumnos no están preparados para ellas. ¿De veras? ¿Los alumnos o los profesores?

Ése es el origen del «no». La pereza, la comodidad, la cobardía. El miedo a lo desconocido. El creerse con el derecho adquirido de hacer siempre lo que se ha hecho y repetir de profesor lo que se aprendió de alumno. Y he hablado de matemáticas por hacerlo fácil. Pero aplíquese a todo. A prácticas devotas y a doctrinas religiosas, a disciplina y a reglamentos, a ideas y a trabajos, a instituciones y a tradiciones. El «no» es fácil, cómodo y seguro. El «sí» es atrevido, arriesgado y aventurado. Yo prefiero la aventura.

Me encanta arriesgarme. Una vez asistí a un concierto de música clásica en el artístico John F. Kennedy Center for the Performing Arts a orillas del río Potomac en Washington (siguen mis viajes por el mundo). Tocaba nada menos que Alicia de Larrocha, y nada menos que el *Concierto en Re Menor* de piano de Mozart, que es mi favorito desde que hube de aprenderlo en mis estudios de música de mi juventud. El concierto acabó a media noche. Había taxis a la salida del concierto, pero quise hacer una hombrada. Decidí irme andando por las sombras de la noche a través de barrios controvertidos la hora entera que me

separaba de la universidad de Georgetown donde yo me alojaba y donde se habían filmado escenas de la película *El Exorcista*. Resonaban mis pasos en las vecindades sospechosas. Cada vez que divisaba un grupo en una esquina me subía la adrenalina, pero no apretaba el paso. Miradas cercanas y murmullos inaudibles. Adelante. No sabía qué me esperaba a cada revuelta. Ni siquiera estaba seguro del camino y podía perderme. Silencio oscuro. No me perdí. Se hizo largo el camino pero llegué. Divisé al fin el perfil de la universidad. El vigilante nocturno examinó mi pase y me abrió la verja. Me dijo: «Es usted un insensato». Pensé: «Lo celebro». El peligro es el afrodisíaco de la emoción.

Me encanta arriesgarme. Decir que sí a la idea nueva, a la inspiración súbita, a la novedad inesperada. Abrirme confiado a nuevos paisajes de ideas, trabajo, gentes y lugares. Me he equivocado con frecuencia, pero los errores son el precio normal que se paga a gusto para seguir avanzando. Se da media vuelta, se aprende con la experiencia y se intenta otro camino. No hay que hacer tragedias de los fracasos. Y sin fracasos tampoco hay éxitos. Me han salido cosas bien en la vida porque me arriesgué en ellas.

Estaba yo un día hablando con Liliana, mi profesora de *Tai Chi*, de quien he aprendido también el *Chi Kung* que antes mencioné y otras muchas cosas buenas. Le dije de repente: «Se me ha ocurrido una idea. ¿Por qué no damos cursos juntos tú y yo?». Su hermano Ricardo me había regalado un libro con un título irresistible: *Abraza al tigre; vuelve a la montaña*. Son los nombres de dos movimientos de *Tai Chi* que explica el autor chino, Al Huang, tras un interesante prólogo del inglés Alan Watts. Allí me enteré

de que Al Huang y Alan Watts daban cursos juntos. Alan Watts era el teórico, pensador de profesión y escritor empedernido, conocedor de Oriente y Occidente y de todos los secretos del cuerpo y los misterios de la filosofía en sabiduría práctica y comunicativa que su estilo juguetón y su voz de bajo hacían tan atractiva como instructiva a sus incondicionales adeptos. Al Huang era el maestro oriental del gesto y el silencio, del cuerpo como expresión y la mirada como lenguaje en talleres originales de plenitud orgánica y vitalidad total. Y daban cursos juntos. Alan Watts decía: «Este chino hace lo que yo digo; y yo digo lo que él hace.» La palabra del uno y el gesto del otro creaban una simbiosis de efectos geniales. Yo le dije a Liliana: «Yo no soy Alan Watts, y tú no eres Al Huang; pero yo tengo mi manera de comunicar humildemente lo que yo siento, y tú tienes un toque especial para llegar a lo más profundo de la persona con solo corregir una postura o enseñar un movimiento. ¿Te parece bien que trabajemos juntos?». Ella es rápida en sus decisiones y, aunque mi propuesta venía sin preparación alguna, me contestó alegremente al instante: «¡Sí!». Y nació un proyecto.

Hubo dificultades. Había riesgos. Algunos amigos me hicieron reflexionar sobre posibles dificultades del proyecto. Aumentaba los gastos. Mi público me conocía a mí y podían rechazar la división de trabajo con quien para ellos era persona desconocida. ¿Por qué cambiar de estilo y arriesgarse a un fracaso cuando yo ya tenía hecho mi método y mi modelo y me iba bien con ello? Tenían razón. Pero seguimos adelante. El primer curso que dimos juntos fue en Argentina, y allí me dijo un caballero que había asistido a tres cursos míos anteriores y se había disgustado

al enterarse del nuevo arreglo, aunque a pesar de todo se resignó y asistió al curso que dimos juntos: «Cuando vi el nombre de Liliana, me dio bronca. Yo había venido a oírle a usted, y me enojé al ver que iba a compartir el tiempo con otra persona. Pero ahora le doy las gracias por haber venido con Liliana, e incluso le digo que aunque otra vez venga ella sola, yo iré al curso.» Le agradecí el cumplido, aunque casi casi me dejaba a mí sin trabajo. Pero el riesgo había resultado. La «bronca» y el «enojo» habían dado paso al aprecio y el entusiasmo. Merece la pena arriesgarse.

De todos los trabajos en que ahora me encuentro, éste es el que más me gusta y en el que más fruto veo. Une la teoría con la práctica, une el cuerpo al alma, une ideas y movimientos, une el sentir y el pensar. Da esperanzas de cura de fallos y complejos porque no se para en la mente, sino que llega hasta las raíces orgánicas de la mente, y compromete al organismo entero en el interés, la búsqueda y la cura de lo que le aflige sin saber por qué. La vuelta a la unidad de la persona es la esperanza más cercana de salud humana y bienestar total. Con experiencia y alegría me encanta jugar alegremente el nuevo juego. Y todo vino de un sí, de un riesgo y de una aventura. Para mí aprender a decir sí es aprender a vivir.

Para concluir, un pequeño «sí» que alegró mi vida y espero alegre también la lectura de este libro que tan a gusto he escrito. Había acabado yo un curso en Santiago de Chile, y me despedía sonriente de rostros y miradas que habían entrado gratamente en mi vida en los días intensos de convivencia abierta. Se me acercó una dama que ni siquiera me dijo su nombre ni lo llegué a saber, ni hacía

falta porque cada rasgo de su rostro hablaba de comprensión, cercanía y afecto. Me dijo mientras me miraba fijamente a los ojos con los suyos tan claros: «Dígame que es verdad, padre, dígame que es verdad. Dígame que sí, por favor, dígame que sí. ¿Verdad que todos los libros que usted ha escrito, los ha escrito sólo para mí? ¿Verdad que sí?».

Sí, querido lector y lectora. Sólo para ti.

Se me han humedecido los ojos. Tú lo entiendes. ¿Verdad que sí?

ÍNDICE

TRANSPARENCIA

7

CREDIBILIDAD

23

CREATIVIDAD

35

INTIMIDAD

49

ASOMBRO

63

TIERRA

77

¡SÍ!

89